

VITAL AZA

SAN SEBASTIÁN, MARTIR

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T BORRÁS

N.º de la procedencia

169.

SAN SEBASTIAN, MARTIR

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SAN SEBASTIÁN, MARTIR

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

VITAL AZA

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del
29 de Enero de 1885

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1904

6
A MI EXCELENTE AMIGO

Pedro Sebastián F. Villaverde

en prueba de entrañable cariño,

Vital

REPARTO ⁽¹⁾

PERSONAJES	ACTORES
GERTRUDIS.....	SRA. GUERRA.
PACA.....	RODRÍGUEZ.
PAULINA.....	SRTA. MARTÍNEZ.
LUISA.....	SUÁREZ.
INÉS.....	GALÍNDEZ.
MARIANA.....	CANCIO.
RAMONA.....	GARCÍA.
BAÑERA.....	ARNAU.
DON ANICETO.....	SR. MARIO.
DON CIRIACO.....	ROSELL.
RICARDO.....	RUBIO.
DON JUSTO.....	AGUIRRE.
BECERRIL.....	LIRÓN.
DON SECUNDINO.....	TAMAYO.
JULIO.....	MENDIGUCHÍA.
ANGEL.....	LARRA.
DON RUFO.....	BALLESTEROS.
BAÑERO.....	MARTÍNEZ.
CAMARERO.....	ROYO.
BAÑISTA.....	LAHOZ.

Epoca actual.—Primer acto, en Madrid.—Segundo y tercero,
en San Sebastián

(1) Cuando el personal de las compañías de provincias no sea el suficiente para el reparto de esta obra, el autor deja al buen juicio de los directores de escena el modo de doblar los papeles en el segundo acto, así como las modificaciones precisas en el diálogo.



ACTO PRIMERO

Sala modesta.—Puerta foro, derecha del actor. Balcón con tiestos y persianas, foro izquierda.—Puertas laterales, segundos términos.—Sofá y butacas, primer término, derecha.—Una cómoda y espejo, primer término, izquierda.—En el centro de la sala una mesa de comedor, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

GERTRUDIS, PAULINA, DON ANICETO.—Gertrudis poniendo los botones y gemelos en una camisa de caballero. Paulina sentada al balcón y bordando un pañuelo en una almohadilla

GERT. ¡Jesús, y qué mal planchada está esta camisola! Por fortuna, Aniceto no se fija mucho en estos detalles.

ANIC. (Dentro.) ¡Gertrudis!

GERT. ¡Voy!—¿Cómo llevas tu obra, hija mía?

PAUL. Muy bien, mamá. Ya no me falta más que la cabeza del perrito.

GERT. ¿De manera que perderá la apuesta Ricardo?

PAUL. ¡Ya lo creo! Si esto es cuestión de diez minutos.

ANIC. (Dentro.) ¡Gertrudis!

GERT. ¡Voy, hombre, voy!

PAUL. ¿Qué quiere papá?

GERT. Que está esperando la camisa para vestirse. Por cierto, hija mía, que no he visto hombre

- más destrozón que tu padre. No hace todavía seis años que le compré estas camisolas, y ya tienen los puños completamente rozados.
- PAUL. Será en la oficina. Como el pobre escribe tanto...
- ANIC. (Asomándose por la segunda derecha, embozado en la toalla.) ¿Pero, mujer, me traes esa camisa?
- GERT. Tómala, hombre, tómala.
- ANIC. ¡Gracias á Dios! ¡Ah!
- GERT. ¿Qué?
- ANIC. Dile á la muchacha que disponga en seguida el almuerzo, que se me va á hacer tarde para ir al Ministerio.
- GERT. Está bien, no te apures. (Vase don Aniceto.) ¿A qué hora te ha dicho Ricardito que vendría hoy por aquí?
- PAUL. A las once y media en punto. Esa es la hora en que termina el plazo de la apuesta. ¡Mira, mira qué adelantado llevo ya el pañuelo! ¡Vaya si le gano la libra de dulces!

ESCENA II

DICHOS.—RAMONA, con una aceitera, por la puerta segunda de la izquierda, que se supone da paso á la cocina

- RAM. Señora...
- GERT. ¿Qué hay?
- RAM. Que no hay aceite.
- GERT. ¿Se ha concluído ya lo que se trajo la semana pasada?
- RAM. Señora, si no eran más que dos libras.
- GERT. Bueno, tome usted. (Dándole dinero.)
- RAM. ¿Cuánto traigo?
- GERT. Pues... un cuarterón. Para ahora tenemos bastante.
- RAM. Está muy bien.
- GERT. Vuelva usted en seguida, porque el señor ya ha pedido el almuerzo. (Vase Ramona puerta foro.) ¡Jesús! Lo que se gasta en una casa; gracias á que yo soy muy económica y me gusta traer las cosas por mayor, que si no, Dios sabe dónde iríamos á parar.

ESCENA III

GERTRUDIS, PAULINA, DON ANICETO. Paulina continua sentada al balcón. RAMONA, luego, cruzando la escena, dirígese puerta segunda izquierda

ANIC. Pues, señor, estas corbatas de maquinaria son una calamidad. Nunca me la pongo sin darme tres ó cuatro pinchazos. ¡Modas más ridículas! Vamos. (Al espejo.) ¡Ya está! Oye, Paulina.

PAUL. ¿Qué?

ANIC. Haz el favor de sujetarme este botón de la levita.

PAUL. Perdona, papá, pero estoy muy ocupada. Ma falta todavía el hocico. (sigue bordando.)

ANIC. ¿Eh?

GERT. No distraigas á la niña. Yo te lo sujetaré. (Enebrando una aguja.)

ANIC. ¿Pero qué hocico es ese?

GERT. El de un perro que está bordando para Ricardito.

ANIC. ¡Ah, vamos!

GERT. Siéntate aquí. (Se sientan los dos á la derecha. Gertrudis le sujeta el botón.)

ANIC. Oye, Gertrudis, aquí para *inter nos*, y á propósito de Ricardito, ¿creés tú que ese muchacho acabará por casarse con nuestra hija?

GERT. Hombre, si no lo creyese, no hubiera autorizado esas relaciones.

ANIC. ¡Yal! Pero como tú tienes ese prurito de hacer ver á todo el mundo que estamos en una posición muy distinta de la verdadera y no cesas de hablar de nuestras rentas y de nuestras propiedades, cuando por desgracia no tenemos otra renta ni otra propiedad que mi modesto destino de oficial segundo de Administración, me temo que el día en que el chico averigüe que todo esto es una farsa, se llame á engaño y nos deje con un palmo de narices.

- GERT. Hijo mío, á los novios hay que pescarlos con habilidad, porque se escaman en seguida. No les pongas más cebo que tu credencial de doce mil reales con descuento, y verás los que pican; pero agrega con cierta maña unos cuantos títulos de papel del Estado, y algunas fincas urbanas y rústicas, y ya verás qué fácilmente se tragan el anzuelo los pobrecitos.
- ANIC. ¡Sí! ¡Los que se lo tragan!
- GERT. Pues tú no puedes hablar. Recuerda lo que te sucedió cuando nos casamos. Me parece que mi mamá sabía manejar la caña.
- ANIC. ¡No, aquello no era caña! Aquello era pescar á los novios con almadraba, como á los atunes, salva sea la comparación.
- GERT. Pues ya has visto cómo, á pesar de creer que te casabas con una millonaria, ni te has arrepentido de tu elección, ni has dejado de vivir tan dichoso con tu mujercita.
- ANIC. ¡Claro que sí! ¡Como que me casé perdidamente enamorado!
- GERT. Pues eso le sucederá á Ricardito. Se casará perdidamente enamorado de Paulina, sin acordarse para nada del estado de nuestros fondos, como tú no has echado nunca de menos los miles de duros de que te hablaba mi mamá.
- ANIC. Eso de que no los echara de menos...
- GERT. Bien; pero al convencerte de que no existían, no tuviste más remedio que conformarte, porque, de lo contrario, hubieras demostrado que te habías casado sólo por el interés.
- ANIC. ¡Naturalmente! El que no se conforma es porque no quiere.
- GERT. Por supuesto, que las circunstancias son muy distintas. Tú, cuando me hacías el amor, no eras más que un empleadillo, y aquí se trata de un muchacho que cobra una pensión anual de veinte mil reales; que ha concluido su carrera de abogado, y que ahora se ocupa en escribir, yo no sé qué Memoria para hacerse doctor.

- ANIC. ¡Corrientel! Pero insisto en que no veo la necesidad de...
- GERT. Mira, Aniceto, tú serás un excelente oficinista; no habrá de seguro quien te aventaje á dictar una comunicación ó á resolver un expediente.
- ANIC. Gracias.
- GERT. Pero en asuntos de esta clase, convéncete, hijo mío, de que no entiendes ni una palabra.
- ANIC. Gracias.
- GERT. Déjame á mí, que yo sé lo que me hago.
- ANIC. Sí. Ya sé que en esto, como en todo, no se ha de hacer más que tu voluntad.
- GERT. Bueno. Basta de discusión y vamos á almorzar. (Se levantan.)
- ANIC. ¡Sí! ¡Sí! No sea que llegue tarde á la oficina.
- GERT. ¡Jesús, hombre! No parece si no que si llegas con media hora de retraso te van á dejar cesante.
- ANIC. A mí me gusta cumplir con mi obligación.
- GERT. Voy á ver cómo va eso. (Vase puerta segunda izquierda.)

ESCENA IV

DON ANICETO y PAULINA

- PAUL. ¡Ajajá! ¡Ya está concluído! ¿Qué hora tienes, papá?
- ANIC. Las once y media menos cinco.
- PAUL. ¿Menos cinco? ¡He ganado la apuesta! (Acercándose á don Aniceto con la labor.)
- ANIC. A ver, á ver esa obra. ¡Muy bien! ¡Precioso bordado!
- PAUL. ¿Te gusta de veras?
- ANIC. ¡Ya lo creo! ¡Es monísimo este perro de Terranova!
- PAUL. Pero, papá, ¡si no es de Terranova, si es de aguas!
- ANIC. Es que los de Terranova también son de

- aguas, hija mía. ¡Anda, anda! Con su collarcito y todo. ¿Y qué letrero es este? ¡El nombre del perrito! (Leyendo.) «Ri-car-do.»
- PAUL. El nombre de mi novio.
- ANIC. ¡Ya! ¿Y qué es esto que lleva tu novio en la boca? ¿Una lechuga?
- PAUL. ¡Papá, por Dios, no digas tonterías! ¡Esto es un ramito de myosotis!
- ANIC. Perdona, no lo había conocido.
- PAUL. Mira, tú no entiendes estas cosas. Yo te lo explicaré. El perro es el emblema de la fidelidad, y el ramo de myosotis quiere decir: «No me olvides.» ¿Te has enterado ya? La idea ha sido mía; pero el dibujo es de Ricardo.
- ANIC. Sí, ¿eh? Pues ha hecho bien en dedicarse á la abogacía, porque lo que es como dibujante...

ESCENA V

DICHOS y GERTRUDIS con el mantel, las servilletas, los platos, etcétera

- GERT. Niña, ayúdame á poner la mesa. A ver si despachamos en seguida. (Paulina deja la almohadilla sobre una silla y ayuda á Gertrudis á poner la mésa.) Ricardo debe llegar de un momento á otro, y no quiero que nos encuentre almorzando.
- ANIC. ¡Ah! ¡Es claro! ¡Qué diría si nos viera almorzar!
- GERT. Lo que no quiero es que vea lo que almorzamos.
- ANIC. Tendremos lo de siempre, ¿verdad? Bacalao frito y patatas guisadas.
- GERT. No, señor; hoy tenemos bacalao guisado y patatas fritas.
- ANIC. Realmente el *menú* es indigno de nuestra posición.
- GERT. Mira, hijo mío, cuando asciendas en tu carrera, nos permitiremos otros lujos; pero me parece que con cuarenta y cinco duros al

mes, no se pueden hacer muchos altares. ¡Si no hubiera más gastos que los de la comida! Pero nosotras necesitamos vestir bien y calzar bien ..

ANIC. ¡Y yo también!

GERT. Tú estás en otro caso, porque los hombres podéis ir de cualquier manera. Pero supongo que no pretenderás que tu señora y tu hija salgan á la calle vestidas de clases pasivas.

ANIC. ¡No! ¡Eso no! Pero tampoco quisiera que sacrificárais el estómago á la elegancia.

GERT. No parece sino que en esta casa no se come.

ANIC. Lo que parece es que se come bastante mal.

GERT. ¡Nada! Desde mañana te encargarás tú de disponerlo todo. Veremos los milagros que haces.

ANIC. Lo que yo haría, seguramente, sería comprar meñes trajes y más chuletas.

GERT. Vamos, hombre, no digas sandeces.

PAUL. ¡Este papá tiene unas ideas más antiguas! ..

ANIC. ¡Calle! ¿también tú?

PAUL. ¡Yalo creo! No cambio yo el vestido que pienso estrenar mañana por nada en el mundo.

ANIC. ¡Ah! ¿Conque hay trajecito nuevo, eh? (se sientan á la mesa)

GERT. Naturalmente. No vamos á pasar todo el verano con cuatro trajes nada más. Es preciso que comprendas que aquí se considera á la gente, no por lo que come, sino por lo que viste; que cuando uno se encuentra en la calle con sus amigos, se fija en cómo van, pero no se les pregunta nunca lo que han almorzado. Pues, digo, si se preguntaran esas cosas.

ANIC. ¡Sí! Y sobre todo si se contestara la verdad.

ESCENA VI

DICHOS, RAMONA con el almuerzo

RAM. El almuerzo, señoritos.

ANIC. Santa palabra.

PAUL. (Campanilla.) ¡Ay! ¡Llaman! ¡Debe ser Ricardo!

- ANIC. ¡Caracoles!
- GERT. (A Ramona.) Mire usted con cuidado por el ventanillo, y venga á decir quién es. (Vase Ramona y vuelve en seguida.)
- ANIC. ¡Pues era lo que nos faltaba! ¡Que no nos dejaran almorzar!
- GERT. No te impacientes, hombre.
- RAM. Es el señorito Ricardo.
- GERT. ¿Sí? Pues dígame usted que pase. (Vase Ramona.) ¡Toma! (A Paulina dándole el plato.) Llévate eso á la cocina. (Vase Paulina segunda izquierda.)
- ANIC. Pero mujer...
- GERT. ¡Anda, hombre, anda! Levántate de ahí. (Echa vino en los vasos, deshace las roscas de pan y pone en desorden la mesa como si acabaran de almorzar.)
- ANIC. ¡Pues señor con estas mujeres no se puede!
¡Me va á fastidiar el tal don Ricardito!

ESCENA VII

DON ANICETO, GERTRUDIS, RICARDO y luego PAULINA

- RIC. Señores... (Con una caja de dulces.)
- GERT. Muy buenos días, Ricardo.
- RIC. ¿Cómo está usted?
- GERT. Buena, gracias.
- RIC. Señor don Aniceto...
- ANIC. Hola, pollo.
- RIC. Si no han almorzado ustedes por mí no lo dejen.
- GERT. ¡No! Si precisamente acabamos de hacerlo.
- RIC. ¿Y Paulina?
- GERT. Ahí la tiene usted.
- RIC. (A Paulina.) Ya ves que no he faltado á la hora convenida. ¿Qué tal el perrito?
- PAUL. Hijo mío, has perdido la apuesta.
- RIC. ¿De veras?
- PAUL. ¡Sí, señor! Aquí le tienes ya. (Enseñándole la almohadilla con el pañuelo.)
- RIC. ¡A ver, á ver! ¡Oh, precioso! ¡Qué manos tiene esta criatura!
- GERT. ¡Verdad que está muy bien!

- RIC. ¡Ya lo creo! ¡Si es un perro que está hablando!
- GERT. Pues si viera usted lo pronto que lo ha hecho... Verdad es que la pobrecita ha madrugado mucho, y no lo ha dejado de la mano hasta tenerlo concluido. A trabajaora hay muy pocas que la ganen. Eso sí. A mí no me gustan las gentes holgazanas. Por desahogada que sea la posición de una familia, conviene educar á los hijos en la escuela del trabajo y de la laboriosidad.
- RIC. Muy bien dicho; sí, señora.
- ANIC. (Ya está mi mujer con la caña en la mano.)
- GERT. Pero, sentémonos.
- RIC. Con mucho gusto.
- ANIC. (Pero, mujer, no le mandes sentarse....)
- GERT. (¡Cállate, hombre!) (Se sientan Gertrudis y Aniceto á la derecha, y Paulina y Ricardo á la izquierda. Don Aniceto lee un periódico.)
- RIC. (A Paulina.) ¡Pobrecita! ¿Conque has madrugado tanto por culpa mía?
- PAUL. Como que deseaba tenerlo terminado para cuando tú vinieras.
- RIC. Pues toma. Aquí están los dulces prometidos. (Destapando la caja.)
- PAUL. ¿Son de la Mahonesa?
- RIC. No, de la *Dulce Alianza*. ¡Ah! Permíteme. Voy á ofrecer á tus papás. (Se levanta.) Señora...
- ANIC. ¿Qué? ¿Se marcha usted tan pronto? (Tendiéndole la mano.)
- RIC. No, no señor; venía á...
- ANIC. ¡Ya! (Vuelve á sentarse.)
- RIC. Una yemita de coco. (A Gertrudis.)
- GERT. Gracias, Ricardito.
- RIC. Don Aniceto, ¿un limoncillo?
- ANIC. No; me quitaría la gana de almorzar.
- GERT. ¡Ejem!
- ANIC. Digo, de comer; no puedo tomar nada entre horas.
- RIC. Bueno, bueno. Respeto sus costumbres. (Se come el limoncillo. Durante esta escena comerá varios dulces. Se sienta al lado de Paulina.)
- ANIC. (Mirando el reloj.) ¡Dios mío! ¡Las doce menos cuarto!

- RIC. (Aparte á Paulina.) ¿Qué quieres tú, feísima?
PAUL. ¿Yo? Lo que tú elijas.
RIC. Nos comeremos entre los dos esta batatita.
Toma.
PAUL. Gracias. (Come un poco.)
RIC. ¡Dame ahora un poquito de eso, andal! De lo que has mordido. De seguro que está mucho más dulce.
PAUL. ¡Jesús, hombre! ¡Qué tonto eres! Vamos, ahí va.
RIC. ¡No! Dámelo con tu mano.
PAUL. Pero, por Dios...
RIC. Si no miran...
PAUL. ¡Vaya! Pues, toma. (Se lo acerca á la boca.)
GERT. ¡Ricardo!
RIC. ¡Eh! (Paulina retira el pedazo de batata que iba á llevar á la boca de Ricardo y se lo come ella.)
GERT. ¿Cómo va esa Memoria?
RIC. ¿Qué memoria?
GERT. La de usted.
RIC. ¿Qué, se me había olvidado algo?
GERT. No, hombre; pregunto por la Memoria que el otro día dijo usted que estaba escribiendo para...
RIC. ¡Ah, ya! Pues... pues, trabajando, señora. Se me ha ocurrido elegir un tema tan difícil... (Come un dulce.)
GERT. ¿Y qué tema es?
RIC. Pues... (¿Qué tema diré yo?) «Del derecho considerado bajo el doble punto de vista social y psicológico; estudio de la influencia que ejerce en todos los actos y vicisitudes porque atraviesa la humanidad; importancia de su conocimiento analítico para determinar las bases constitutivas del gobierno de los pueblos, y consideraciones generales acerca de todas las escuelas filosóficas desde el imperio romano hasta nuestros días.» (¡Toma tema!) (Don Aniceto suspende la lectura, y le mira asombrado.)
GERT. ¡Eh! ¿Qué te parece? (Aparte á Aniceto.)
ANIC. Hija, lo que me parece es que si el chico no se casa hasta tener terminada esa Memoria, ya podemos armarnos de paciencia.

- RIC. (¡Ay, Dios mío! ¡El día que averigüen que todo esto es una farsa, me van á echar á puntapiés!) ¡Ah! ¡Ya se me olvidaba!
- GERT. ¿Qué?
- RIC. Que anoche, después de dejar á ustedes, me encontré con los señores de Tejadillo.
- GERT. ¿Sí, eh?
- RIC. No sabía que eran ustedes amigos.
- GERT. Sí, nos visitamos con alguna frecuencia. Nos conocimos hace dos años en Recoletos.
- RIC. ¿Son unos señores muy simpáticos, verdad?
- GERT. ¡Ah! Mucho.
- RIC. Con un carácter tan franco y tan...
- GERT. ¡Ah! ¡Ya lo creo! Son inmejorables. Es de cir, ella es un poco...
- RIC. ¡Sí! Un poco vanidosa.
- GERT. ¡Justo! ¡Y con una lengua!...
- RIC. ¡Calle usted, por Dios! Aquello no es lengua, es una navaja de afeitar.
- GERT. Criticando siempre á todo el mundo.
- RIC. ¡Es una mujer temible!
- GERT. ¿Pues y el marido?
- RIC. ¡Otro que tall!
- GERT. ¡Hablando á cada momento de sus viajes á América, y contando siempre por pesos!
- RIC. ¡Y qué bruto es el pobre señor!
- GERT. ¡Completamente negado! (Transición.) Por lo demás, son unas personas muy agradables.
- RIC. ¡Ah! ¡Ya lo creo! Y muy simpáticas. Hoy deben venir por aquí.
- ANIC. (¡Eh!)
- RIC. A despedirse de ustedes. (Come otro dulce.)
- GERT. ¡Cómo! ¿Se van á baños?
- RIC. Creo que esta tarde salen para San Sebastián.
- GERT. Hacen perfectamente. El verano aquí es horrible.
- RIC. ¡Dice usted bien! ¡Mire usted que hoy hace un calor de... qué se yo; de una porción de grados!
- GERT. ¡Es verdaderamente sofocante!
- RIC. ¿Ustedes no piensan salir de Madrid?
- GERT. No, nosotros, no. Al menos por ahora.
- RIC. (¡Ay, me alegro!)

- GERT. Aniceto tiene pendientes no sé qué liquidaciones en la Bolsa, y le es completamente imposible... ¿Verdad?
- ANIC. ¡Sí! Me es completamente imposible.
- GERT. ¿Y usted piensa ir á algún lado?
- RIC. ¡No, señora! Basta que ustedes no salgan, para que yo haga el sacrificio de no tomar esta temporada los baños de mar. (No los he tomado en mi vida.) Me bañaré en el Manzanares.
- ANIC. Hace usted bien. No hay cosa más sana que los baños de río.
- RIC. Pues, mire usted, todos los médicos me aconsejan los de ola.
- ANIC. ¡Hola!
- RIC. Dicen que soy muy escrofuloso.
- ANIC. No los crea usted. Eso lo diran por adularle.
- PAUL. (A Ricardo.) ¿De veras te quedas en Madrid?
- RIC. ¡Siempre á tu lado!
- PAUL. ¿De manera que si nosotros nos marcháramos?...
- RIC. (No lo quiera Dios.) Si vosotros os marchárais, yo os seguiría hasta el fin del mundo. (Come otro dulce.)
- PAUL. ¡Pero hombre!
- RIC. ¿Qué?
- PAUL. Que te estás comiendo todos los dulces.
- RIC. ¡Ay! ¡Pues es verdad! Lo hacía distraídamente. Cuando estoy á tu lado me olvido de todo.
- PAUL. ¡Sí, de todo menos de los dulces! (Le quita la caja.)
- ANIC. (Aparte á Gertrudis.) ¡Pues, nada! O le dices que se vaya ó me marchó á la oficina sin almorzar.
- GERT. (Ahora verás.) Ricardito. (Levantándose.)
- RIC. Señora.
- GERT. Supongo que usted deseará que le tratemos de confianza.
- RIC. Naturalmente.
- GERT. Bueno, pues... (Campanilla.) ¡Ay! ¿Quién será?
- RIC. De seguro, los de Tejadillo.
- ANIC. (María Santísima.)
- GERT. ¡Ramona! Que llaman.

- RAM. ¡Ya voy, señora! (Sale puerta segunda izquierda y vase foro. Gertrudis va hacia la puerta del foro.)
- RIC. Yo, con permiso de ustedes, me retiro.
- PAUL. ¿Te vas ya?
- RIC. Sí, pero volveré en seguida.
- PAUL. Pues, hasta luego.
- RIC. Adiós, retemonísima.—Señor don Aniceto...
- ANIC. ¿Se marcha usted tan pronto?
- GERT. ¡Sí! Son las de Tejadillo. (Desde el foro.)
- RIC. Tienen ustedes visita y no quiero molestar.
- ANIC. ¡Pues, hombre! Si ahora es cuando ya no molesta usted.
- RIC. ¿Eh?
- ANIC. Digo que usted no molesta nunca, y menos ahora.

ESCENA VIII

DICHOS, PACA y DON CIRIACO

- GERT. ¡Por aquí, por aquí! Ustedes son de confianza. ¿Qué tal, amiga mía? (Besándose.)
- PACA Bien, ¿y ustedes? ¡Jesús, hija, vengo sofocada! ¡Este calor no se puede sufrir!
- CIR. Querida Gertrudis...
- GERT. Señor don Ciriaco... ¡Usted siempre tan famoso!
- CIR. ¡Vamos tirando! (Saluda á don Aniceto.)
- PAUL. ¿Cómo está usted, señora?
- PACA Muy bien, ¿y usted, pollita?
- RIC. Señores...
- PACA ¡Ah! ¡Que está aquí don Ricardito!
- RIC. Sí, señora... Con permiso de ustedes...
- GERT. ¿Nos deja usted?
- RIC. Tengo que arreglar algunos asuntos...
- GERT. ¡Ah! Es natural. El pobre, con su doctorado, está ocupadísimo. (A Paca.)
- PACA ¡Ya! (Con sorna.)
- RIC. Señora... (Despidiéndose de Paca.)
- PACA (Aparte á Ricardo.) Conque el doctorado, ¿eh?
- RIC. ¡Por Dios! No me comprometa usted. (Aparte á Paca.)

- CIR. (A Paca.) Mujer, no seas imprudente. (Ricardo se despide de don Aniceto y de Gertrudis.)
- PACA Hasta nuestra vuelta, Ricardito.
- RIC. Que lleven ustedes feliz viaje. (¡Esta señora me pone nervioso!)
- PACA ¡Pero has visto! (A Ciriaco.)
- CIR. (A Paca.) ¡Déjalos! ¡Allá ellos!
- PAUL. Hasta luego, ¿eh? (A Ricardo.)
- RIC. ¡Sí, vida mía! Señores...
- GERT. Adiós, Ricardito.
- CIR. Vaya usted con Dios. (Vase Ricardo.)
- PACA Pero amigo Rodríguez, ¿usted aquí á estas horas? Le creíamos en el Ministerio.
- ANIC. ¡No, señora! Hoy no salgo de casa.
- GERT. ¡Este es así! La mayor parte de los días no parece por la oficina.
- CIR. ¡Bien hecho! ¡Que trabajen los pobres!
- PACA Veo que ya han almorzado ustedes. (Acercándose á la mesa.)
- GERT. Sí, hace un ratito.
- PACA (¡Jesús, y qué mantel tan ordinario!)
- GERT. Pero, siéntense ustedes...
- PACA Un momento nada más. Estamos muy de prisa. (Se sientan todos á la derecha.)
- ANIC. (¡Pues, señor, esto es para pegarse un tiro!) (Sentándose junto á don Ciriaco.)
- CIR. ¿Quiere usted un tabuco? (Abriendo la petaca.)
- ANIC. ¿Eh?
- CIR. Un tabaquito.
- ANIC. No. Muchas gracias.
- CIR. ¡Mire usted que son de á quince pesos!
- ANIC. ¿Cada uno?
- CIR. ¡No, hombre, la caja!
- ANIC. Bueno; me lo guardaré para luego.
- CIR. Yo, con permiso de estas damas... (Enciende un puro.)
- GERT. Sí, señor; ¡pues no faltaba más!
- PACA Hija, este hombre no cesa de fumar en todo el día. ¡El dinero que derrocha en tabaco!...
- CIR. ¡Costumbres de Cuba! No lo puedo remediar. Fígrese usted (A don Aniceto.) que al año me gasto en humo la friolera de mil doscientos pesos.

- ANIC. (¡Qué atrocidad! ¡El sueldo de un oficial de secretaría!)
- CIR. ¡A mí no me duele el dinero!
- ANIC. ¡A mí tampoco!
- CIR. ¡Claro, hombre; cuando uno lo tiene!...
- GERT. Conque de despedida, ¿eh?
- PACA Sí, hija, sí. Esta tarde saldremos para San Sebastián. Iremos en el exprés, porque en esos trenes de ida y vuelta no va más que la cursilería... ¡Ah! Este calor es insoportable. No comprendo que haya gente que estando en mediana posición aguante en Madrid todo el verano. Supongo que ustedes no dejarán de salir.
- GERT. ¡Claro que no!
- PACA ¿A San Sebastián también, verdad?
- GERT. Sí. A San Sebastián.
- ANIC. (¡Qué dice esa mujer!)
- PACA Es lo mejor. Tiene uno la ventaja de estar á un paso de Francia.
- GERT. Naturalmente. Todavía esta mañana, hablando del viaje, se empeñaba Aniceto en que habíamos de ir al Sardinero; pero la niña y yo preferimos San Sebastián.
- CIR. ¡Sí, hombre! Tienen razón las señoras.
- GERT. ¿Lo ves? Don Ciriaco opina como nosotras. No te empeñes en llevarnos á Santander, porque no vamos.
- ANIC. Bueno, bueno; no iremos.
- CIR. Hombre, que nos veamos en San Sebastián. ¡Aquella playa es hermosísima! Haremos nuestras escapatorias á Bayona y á Biarritz y á Burdeos...
- ANIC. ¡Sí! ¡Y á París!
- CIR. ¡Sí, señor! Aprobado. A mí me encanta el viajar. Ya ve usted que el hombre que como yo ha estado siete veces en América... ¡Y qué demonio! No hay dinero mejor empleado que el de los viajes.
- PACA Las que piensan marchar un día de estos son las de Cascajares. Es decir, yo no lo creo, porque ya saben ustedes lo farsantes que son; sobre todo ella, la mamá. ¡Jesús! ¡Qué mujer más antipática! ¡Y qué preten-

siones tiene todavía la pobre señora! Estaba ayer, cuando fuimos á despedirnos, con una bata suelta, color de aceituna pasada, y con unos rizos por la frente que parecía el mismo demonio. (Risa general.) Pues, sí, figúrense ustedes cómo voy á creer yo que se vayan de veraneo, cuando me consta que es una familia que esta entrampada hasta los ojos y que vive con una economía que casi raya en la miseria. Pues, ¿y los de Ramírez? ¡Otros que tal! Ahora venimos de verlos.

GERT.
PACA

¿También van á baños?
No; esos dicen que no salen de Madrid, porque el médico les ha recetado los baños en casa. ¡Ya ve usted qué atrocidad! ¡Como si hubiera médico capaz de recetar semejante cosa! Lo que pasa es que los pobres no tienen más fortuna que el sueldo de Ramírez, que, como ustedes saben, está en una casa de comercio con doce mil reales. ¡Naturalmente! ¡Con doce mil reales qué han de hacer los infelices!

ANIC.
PACA

(¡Buenos nos está poniendo esta señora!)
¡Pero, Dios mío! ¿Por qué han de ser tan far-santes algunas personas? ¿Tienen más que decir que no se van á baños porque no pueden?

ANIC.

Dice usted muy bien. No parece sino que es un delito el quedarse en Madrid. Yo sé de muchas familias, muy ricas, y que, sin embargo, no salen nunca á veranear.

PACA

¡No, eso no! El que no veranea es porque no tiene dinero.

GERT.

¡Justo! A menos que les ocurra lo que nos ocurrió á nosotros el año pasado, que tuvimos que resignarnos á no salir, porque los malditos negocios nos lo impidieron.

CIR.

GERT.

¡Ah, es claro! Cuando se trata de negocios...
Por cierto, hija mía, que como tenemos la costumbre de tomar baños de mar, yo me pasé todo el verano con unas neuralgias terribles.

ANIC.
PACA

(¡Ave María Purísima!)
Lo que hay es que muchas familias no se

resignan con su suerte. ¿Cómo es posible que ustedes, por ejemplo, se vivieran únicamente del sueldo de Rodríguez, pudieran tirar todos los veranos unos cuantos miles de reales en un viaje de recreo? ¿No puede ser!

GERT.

¡Claro que no!

PACA

De la manera que se han puesto las cosas en Madrid, de seguro que ese sueldo no los da á ustedes para comer.

GERT.

¡Calle usted, por Dios! ¿Qué ha de dar? Sin ir más lejos, hoy hemos almorzado poca cosa; una tortillita de espárragos, un poquito de salmón y unas chuletas de ternera. (Don Aniceto bosteza.) Ya ve usted que es lo menos que se puede tomar. Bueno; pues, ¿qué dirá usted que me ha costado la libra y media de salmón? ¡Cuarenta y cinco reales!

PACA

¡Ah, es un escándalo!

CIR.

Hombre, yo no sé qué es lo que comen esas pobres familias que están mal de recursos.

ANIC.

Yo sí lo sé. No comen más que bacalao y patatas. Y sin embargo, viven, sí, señor, ¡y hasta engordan! Es á lo que uno se acostumbra. (Vuelven á reirse todos.)

CIR.

Y por supuesto, que para darse buen trato en las comidas no hay como el extranjero. Siempre recordaré aquellos platos que me servían cuando estuvo en los Estados Unidos. Eran todas unas cosas muy raras y que olían muy mal, pero daba gusto el ver cómo las presentaban. ¡Desengañese usted, aquí no se come!

ANIC.

No, señor. (Ni se almuerza.)

PACA

(A Gertrudis.) Pues, ¿y qué me dice usted de las modistas?

GERT.

No me hable usted de eso, porque me pongo nerviosa. Por un trajecito de nada le llevan á una un sentido. Va usted á ver los que recibimos anoche. Niña, haz el favor de traerlos.

PAUL.

Voy, mamá. (Vase puerta primera derecha y vuelve en seguida con los vestidos.)

GERT.

No valen nada, ¿sabe usted? Son unos vestidos muy sencillos.

- PACA De playa, ¿eh?
GERT. No, de granadina.
PACA Digo si son para...
GERT. ¡Ah, sí! Estaba distraída...
CIR. Las señoras, como siempre, hablando de sus trapitos. A nosotros no nos toca más que pagarlos. (Don Aniceto y don Ciriaco se levantan y se dirigen á la izquierda.)
PAUL. Aquí los tiene usted.
PACA ¿A ver? (Examina los vestidos.)
CIR. Conque amigo Rodríguez, ¿qué hay de política?
ANIC. Pues... nada de particular.
CIR. Vamos, no se haga usted el chiquito. Ya nos dijo el otro día Gertrudis que era usted el ojo derecho del ministro. (Distraidamente se dejará la petaca sobre la cómoda.)
ANIC. ¡Pché!
CIR. Ya se aprovechará usted de esa amistad para sus jugadas de Bolsa, ¿eh?
ANIC. ¡Pché!
CIR. Vaya, séame usted franco. ¿A que no ha perdido usted nada en este mes?
ANIC. ¡No, no he perdido nada! (En esto no miento.)
CIR. ¿Lo ve usted? ¡Por estar en el secreto! A mí la última baja me ha costado algunos miles de pesos.
ANIC. ¿Sí, eh?
CIR. Como que el mes pasado invertí dos millones en *Cubas*.
ANIC. (¡Qué atrocidad! ¿Para qué querrá tantas cubas este hombre?)
CIR. Usted los tiene en ferros, eh?...
ANIC. ¡Sí, en... en eso!
CIR. ¿Y á qué precio?
ANIC. Pues á... no lo recuerdo, como siempre estoy comprando... Oye, Gertrudis. ¿A qué precio tengo los ferros?
GERT. (Hablando con Paca.) A veinte reales vara.
ANIC. ¡Eh!
CIR. Déjelas usted. Las señoras cuando hablan de vestidos, no se puede contar con ellas.
ANIC. Pues otro día se lo diré á usted. Ahora no recuerdo á punto fijo.

- CIR. ¿Supongo que irá usted á la conversión?
ANIC. ¡Ya lo creo que iré! ¡Pues no faltaba más!
(Nada, ¡ya me han hecho á mí farsante también!)
- PACA Pues son preciosos los dos.
GERT. ¿De veras, eh?
PACA ¡Preciosísimos! (No pueden ser de peor gusto.) Conque, hijas mías... (Levantándose.) No dirán ustedes que la visita ha sido corta. Ciriaco, vamos. (Se levantan todos.)
- CIR. Cuando gustes, Paquita.
ANIC. ¡Gracias á Dios!
PACA Adiós, Gertrudis.
GERT. Que lleven ustedes feliz viaje.
PACA Hasta en San Sebastián, ¿eh?
GERT. ¡Pues ya lo creo! ¡Ramona, salga usted á abrir!...
- PACA Adiós, niña. Amigo Rodríguez, hasta dentro de unos días.
ANIC. ¡Sí, señora, sí!
CIR. ¡No me las lleve usted al Sardinero porque me incomodo! ¡A San Sebastián! ¡A San Sebastián!
- PACA No, no se molesten ustedes. (Ramona se presenta y vase puerta foro. Vanse Paca y don Ciriaco.)
GERT. No es molestia. (A Paulina.) (Anda, y trae el almuerzo en seguida.) (Vase Paulina puerta segunda izquierda, y vuelve en seguida con uno de los platos del almuerzo, Gertrudis acompaña á Paca hasta el foro.)
- ANIC. Vayan ustedes con Dios y que ustedes se diviertan. ¡Jesús, qué familia! Creí que no se marchaban nunca. (Se sienta á la mesa.) Lo que es ahora, ya no me levanto de aquí.
- GERT. (Volviendo.) ¡Ea, á almorzar á escape!
PAUL. Aquí esta esto. (Se sientan los tres.)
ANIC. ¡Sí, el salmón que dice tu madre! (Se oye dentro la voz de don Ciriaco.)
- CIR. ¡Caracoles! Con permiso de ustedes... (Entrando. Los tres se levantan precipitadamente y cubren con sus cuerpos la mesa, dando la vuelta alrededor hasta el mutis de don Ciriaco.) He debido dejarme la petaca... Aquí hemos estado... (Mirando en la butaca.) ¡No!... Habrá sido allí... (Va hacia la cómoda.) ¡Pero no se molesten ustedes!

ANIC. }
GERT. } No... si no es molestia. (Siguen dando la vuelta.)
CIR. } ¡Sí, aquí está! (Coge la petaca) Ustedes dispen-
sen. (Vase.)
GERT. ¡Oh, no hay de qué! Vaya usted con Dios,
amigo Tejadillo.
CIR. (Junto á la puerta del foro.) (¡Qué mal huele!)
Adios, señores.
ANIC. Vaya usted... (¡Con mil demonios!) (Vase don
Ciriaco.)
GERT. Creo que no ha notado nada.

ESCENA IX

GERTRUDIS, PAULINA, DON ANICETO y RAMONA

ANIC. Mira á ver si no se han marchado todavía.
(A Paulina.)
PAUL. (Desde el foro.) Sí, ya han cerradó la puerta.
ANIC. ¡Ramona, Ramona!
GERT. ¿Qué quieres, hombre?
ANIC. ¡Que nos dejen en paz! ¡Ramona!
RAM. Mándeme usted.
ANIC. ¡Eche usted el cerrojo! (Vase y vuelve en se-
guida.)
RAM. Ya está.
ANIC. Me alegro. (Se sientan.) Mientras dure el al-
muerzo, no estamos en casa para nadie, ab-
solutamente para nadie.
RAM. Está muy bien. (Vase segunda izquierda.)
ANIC. Hasta se me ha quitado el apetito; y eso
que cuando antes nombrabas las chuletas y
el salmón, se me habría la boca de una ma-
nera... (Come.)
GERT. Pues, querido Aniceto, ya comprenderás
que después de lo que hemos hablado, el
compromiso es ineludible.
ANIC. ¿Qué compromiso?
GERT. El del viaje.
ANIC. ¿Qué viaje?
GERT. El de San Sebastián.

- ANIC. ¿Eh?
GERT. ¡Sí, señor! Supongo que no pretenderás que los de Tejadillo digan de nosotros lo que dicen de los de Ramírez y de los de Cascajares.
- ANIC. ¿Y á mí qué me importa?
GERT. ¡Es que si á tí no te importa, á mí sí!
ANIC. Pero, Gertrudis, ¿estás hablando en serio?
GERT. ¡Sí, señor! ¡Muy en serio! ¡Como que no me gusta que nadie se burle de mí! ¡Y de tít Porque cuando yo, acosada por la necesidad, les hablé de nuestros proyectos de veraneo, tú asentiste enfáticamente.
- ANIC. Pero, mujer, ¿había de desmentirte?
PAUL. Tiene razón mamá. Usted les dijo que nos veríamos en San Sebastián.
- ANIC. Mira, hija mía, haz el favor de no seguir la escuela de tu madre, porque...
GERT. ¡Sólo faltaba eso; que riñeras á la niña!
ANIC. Esto no es reñir: esto es decir únicamente...
(Entra Ramona con el otro plato del almuerzo.)
GERT. ¡Cállate!)
RAM. ¿Llevo esto?
GERT. Lléveselo usted. (Vase Ramona) Pues, sí, señor. Necesitamos ir á San Sebastián, aunque no sea más que por ocho días.
- ANIC. ¡Pero, por los clavos de Cristo! ¿Dónde está el dinero?
GERT. ¡El dinero! ¡El dinero! No parece sino que se trata de miles de duros.
- ANIC. ¡Vaya, vaya! Déjame en paz y no me hables de cosas irrealizables.
GERT. Irrealizables, porque á tí te se antoja. ¡Pero claro! Nosotras no significamos nada. ¿Qué importa que nos pongamos en ridículo? ¿Que la niña pierda quizás la brillante colocación que se le ha presentado?
- ANIC. ¡Pero, mujer!...
GERT. Ese es el modo que tienes de corresponder á nuestro cariño y á nuestra conducta; porque supongo que no dirás que nosotras derrochamos el dinero. Sabes demasiado que somos un modelo de economía y de sobriedad; que nos pasamos la vida sacrificadas

en casa; que la pobre niña, apenas si en todo el invierno ha ido diez ó doce veces al teatro, y eso porque la han convidado las del segundo; y que tu mujer, desde que se levanta hasta que se acuesta, no piensa en otra cosa que en trabajar, estudiando siempre la manera de hacer de un duro una peseta, digo, de una peseta un duro; ¡pero, es natural, nosotras no merecemos nada, absolutamente nada!

ANIC. ¡Está bien, mujer, está bien! ¡No sermonees más! Haced de mí lo que os dé la gana. ¡Iréis á San Sebastián!

PAUL. ¡Ay! ¿Es de veras? (Muy contenta.)

ANIC. Sí, hija, sí. Podéis disponer el viaje. Ya buscaremos el dinero como Dios nos dé á entender.

GERT. Eso no te preocupe. Con tres mil reales tenemos de sobra. En casa no hay más que veinticinco duros; pero el resto se lo pediré á mi cuñada. Recuerda las veces que se nos ha ofrecido.

ANIC. Sí. Pero como hace más de un año que estais reñidas, hasta el punto de que viviendo en la misma casa, cuando os encontrais en la escalera ni siquiera os saludais...

GERT. Eso no importa; hoy mismo hacemos las paces. Ya sabes que yo me pinto sola para estas cosas.

ANIC. Pues esta misma tarde podéis tomar el tren.

GERT. ¿Cómo podemos? ¿Acaso pretendes tú quedarte?

ANIC. Naturalmente. Yo no puedo salir de Madrid sin licencia del jefe.

GERT. Pues la pides, y en paz.

ANIC. Mujer, eso no es posible. Ahora, en época de elecciones, no me la concederían, y sobre todo, que á mí no me gusta faltar á mi obligación.

GERT. ¡Jesús! ¡Todo te vuelves dificultades! ¡Dí que no quieres que nos marchemos y se ha concluído!

ANIC. Pero, ¡por San Sebastián y por todos los

santos marítimos! ¿Qué quieres que yo haga?

GERT. Pues es muy sencillo. ¡Ponerte enfermo!

ANIC. ¡Eh!

GERT. No parece sino que los empleados del Gobierno tenéis la salud asegurada. Con escribir ahora mismo una carta diciendo que estás muy malo, y que el médico te ha prohibido ir á la oficina durante unos cuantos días, están salvados todos los inconvenientes. (Va á la cómoda y coge el recado de escribir.)

ANIC. ¿Pero qué va á decir el jefe, que es una persona dignísima y que me aprecia tanto, si averigua la verdad?

GERT. Anda, anda y déjate de tonterías. (Dándole papel y recado de escribir.)

PAUL. Sí, papá, sí. Póngase usted enfermo.

ANIC. ¡Me voy á ganar la cesantía; mas ya que lo queréis, sea! (Escribe.) «Señor don Justo Ruiz: Mi respetable amigo y jefe...»

GERT. Dos puntos.

ANIC. (Dos punteras es lo que yo merecía por...) «Perdone usted que no vaya á la oficina, porque...» ¡Vamos á ver! ¿Y qué enfermedad elijo?

GERT. ¡Pues... un ataque cerebral!

ANIC. ¡Pero, mujer, con un ataque cerebral no podría escribir!

GERT. Bueno, pues dí otra enfermedad cualquiera. Anda, yo dictaré: «Perdone usted que no vaya á la oficina porque... porque me siento muy mal.»

ANIC. (Escribe.) «Mal.»

GERT. «Tengo unos dolores horribles.»

ANIC. ¿Dónde?

GERT. En cualquier parte; ¿á él que le importa?

ANIC. «Horribles.»

GERT. «El médico me ha prohibido salir á la calle...»

ANIC. «Calle.»

GERT. «Y asegura que tengo enfermedad.. »

ANIC. «Medad.»

GERT. «Para unos cuantos días...»

ANIC. «Días.»

- GERT. Nada más. «Suyo afectísimo, etc.»
ANIC. «Suyo afectísimo, seguro servidor y humilde subordinado que su mano besa, Aniceto Rodríguez.»
- GERT. Perfectamente. Pon el sobre. La chica llevará la carta al Ministerio.
ANIC. No, que se la lleve á su casa. El jefe va muy tarde á la oficina.
- GERT. ¿Lo ves? ¡Y tú siempre con esas prisas!
ANIC. Pero, mujer, yo no soy jefe de nadie (¡ni aun de mi casa!) (Escribe el sobre.) «Señor don Justo Ruiz ..»
- GERT. ¿Dónde vive?
ANIC. Muy cerca, á dos pasos de aquí. «Plaza de Bilbao, número nueve, entresuelo. Ya está.
- GERT. ¡Ramona! (Coge la carta.) (Gracias á Dios, creí que no acabábamos.) ¡Ramona!

ESCENA X

DICHOS y RAMONA

- RAM. Señorita...
GERT. Va usted á llevar inmediatamente esta carta á la plaza de Bilbao, número nueve, entresuelo. (Se la da.)
- RAM. Está bien. ¿Tiene contestación?
GERT. No; no haga usted más que entregarla.
- RAM. En seguida. (Medio mutis.)
GERT. ¡Ah! Si le preguntan algo diga usted que el señor está con unos dolores grandísimos.
- RAM. ¡Ay! ¿Es de veras? ¿Qué le duele á usted, señorito?
- GERT. No, no es nada. Ande usted y vuelva pronto.
RAM. Voy, voy. (¡No lo entiendo! ¡Familia más particular!) (Vase foro.)

ESCENA XI

DICHOS menos RAMONA

GERT. Pues, señor, me parece que una vez decidido el viaje, debemos emprenderlo cuanto antes. Hoy mismo, si es posible.

PAUL Sí, mamá, sí; cuanto antes mejor. ¡Ay, qué gusto!

GERT. (A Aniceto.) No tienes idea del placer con que sorprenderé en la estación á los de Tejadillo. No hay quien me lo quite de la cabeza. Se me figura que Paca no se ha creído ni una palabra de lo que decíamos. Sólo por eso soy yo capaz... hasta de ir á ver á mi cuñada. ¡Y ahora mismo voy á bajar!

PAUL ¿Quieres la mantilla?

GERT. No; ¿para que? ¡Ah! no te olvides de avisar á Ricardo.

PAUL Ha quedado en volver en seguida.

ANIC. Pero, vamos á ver. ¿Y si resulta que Ricardito no puede ir á San Sebastián?

PAUL Claro está que puede.

GERT. ¿No le has oído decir antes que le convenían los baños de mar, pero que si nosotros no salíamos haría el sacrificio de privarse de ellos? Pues va ves si ahora recibirá con gusto la noticia.

ANIC. ¿Y qué le digo yo de aquellas liquidaciones que me impedían marchar de Madrid?

GERT. ¡Jesús, qué hombre! Pues le dices que has dejado el encargo al agente.

ANIC. ¿A qué agente?

GERT. A tu agente de negocios.

ANIC. ¡Ah, vamos! Ignoraba que yo tuviese un agente.

GERT. Vaya, en seguida estoy de vuelta. Mira, niña, vete disponiendo todo lo preciso para en el caso de que marchemos esta tarde. Y tú (A Aniceto.) saca de la cómoda lo que has de llevar: con dos mudas, lo puesto, el traje de dril y el sobretodo, estás arreglado.

PAUL. Déjelo usted de mi cuenta, que yo me encargo de hacer el equipaje.
GERT. Hasta luego.
PAUL. Hasta luego, mamá.
ANIC. Vete con Dios. (Vase Gertrudis.)

ESCENA XII

DON ANICETO, PAULINA

PAUL. ¡Ay, papá de mi alma! Si supieras lo contenta que estoy. ¡Ir á ver el mar! ¡Yo que no le he visto nunca!
ANIC. (¿Qué dirá el jefe? ¡Dios mío! ¿Qué dirá el jefe?)
PAUL. Anda, papá, haz el favor de ayudarme á sacar toda esta ropa. (De la cómoda.)
ANIC. (¡Yo que no he faltado nunca á mi obligación en los veintisiete años de servicio!)
PAUL. Este es tu sobretodo. Lo dejaremos fuera porque lo llevarás á la mano. (Lo coloca sobre una silla.)
ANIC. (Con el haber que por clasificación le corresponde...)
PAUL. Pero, ¡papá!
ANIC. ¿Qué quieres, hija mía?
PAUL. Que tengas la bondad de ayudarme.
ANIC. ¡Ah, sí! Estaba distraído.

ESCENA XIII

DICHOS, RAMONA

RAM. Ya está entregada la carta.
ANIC. ¿A quién?
RAM. ¡Tomal! Pues á un criado que me dijo que el señor se estaba vistiendo para salir. ¿Qué tal, señorito? ¿Está usted ya mejor de esos dolores?
ANIC. Sí, ya estoy mejor, gracias.

- PAUL. Calla, tonta, si no hay tales dolores; si es una mentira que hemos inventado para marcharnos de Madrid.
- RAM. ¿Que se marchan ustedes?
- PAUL. ¡Sí, señora! Probablemente esta misma tarde saldremos para San Sebastián.
- RAM. ¿Qué me cuenta usted? (Campanilla.)
- PAUL. ¡Ay! Ese debe ser Ricardito.
- RAM. Pues señor, cada vez entiendo menos á esta familia. (Vase por el foro.)
- PAUL. Qué alegría va á tener cuando sepa que nos vamos. (Va hacia el foro.)
- ANIC. (¿Y que de todo esto tenga yo la culpa por mi excesiva complacencia, por mi falta de carácter?)
- PAUL. (Desde el foro.) Calle, ¡pues no es Ricardo!
- ANIC. ¿No? ¿Pues quién es?
- RAM. (Desde la puerta del foro.) El señor don Justo Ruiz. (Vase.)
- ANIC. ¡María Santísima, el jefe!
- PAUL. ¡Ay! ¡Qué compromiso!
- JUSTO. (Dentro.) ¿Dónde está mi buen Rodríguez?
- ANIC. ¿Y qué hago yo?
- PAUL. ¡Pronto, siéntate!
- ANIC. ¿Dónde?
- PAUL. ¡En cualquier parte! ¡Aquí!
- ANIC. (Se sienta en la silla en que Paulina había dejado la almohadilla con el pañuelo bordado. Paulina le echa el sobretodo sobre las piernas.) ¡Huy! ¡Huy!
- PAUL. ¿Qué es?
- ANIC. ¡El perro! ¡Huy!

ESCENA XIV

DON ANICETO, PAULINA, DON JUSTO

- JUSTO. ¿Se puede?
- ANIC. Sí, señor, pase usted. ¡Ay!
- JUSTO. Pero, amigo Rodríguez, ¿qué es eso, hombre, qué es eso?
- ANIC. ¡Ay, señor don Justo!
- JUSTO. ¿Se siente usted peor? (Se sienta á su lado.)

- ANIC. ¡Sí, señor! ¡*Me siento* muy mal!
- JUSTO ¿Y dónde le duele á usted ahora?
- ANIC. Pues en... en todo el cuerpo.
- JUSTO ¿Siente usted así como pinchazos?
- ANIC. ¡Sí, señor! ¡Unos pinchazos horribles!
- JUSTO ¡Vaya, hombre, vaya! ¡Qué demonio! Acabo de recibir su carta, y me dije, voy á ver si se le ofrece algo al pobre Rodríguez.
- ANIC. Muchas gracias.
- JUSTO ¿Y desde cuándo está usted así?
- ANIC. Pues... desde...
- PAUL. Desde anoche.
- JUSTO ¡Caramba, hombre!
- PAUL. El médico le ha prohibido salir á la calle.
- JUSTO Es natural. ¡Sería una temeridad! ¿Qué médico le asiste á usted?
- ANIC. Pues... el médico de la casa.
- PAUL. El doctor Martínez.
- JUSTO Esta señorita, ¿es su hija?
- ANIC. Sí, señor.
- PAUL. Servidora de usted.
- JUSTO Muchas gracias. Parece muy lista.
- ANIC. Sí, señor. (Demasiado.)
- JUSTO ¡Vaya, hombre, vayal! A ver, á ver ese pulso. (Tomándolo.) Yo no entiendo una palabra de medicina, pero se me figura que está usted muy nervioso.
- ANIC. Sí, señor; mucho.
- PAUL. El médico ha dicho que lo menos en quince días no podrá ir al ministerio.
- JUSTO Pues, nada, nada, cuidarse y guardar cama todo el tiempo que sea preciso. En mala ocasión ha venido esto, porque hay mucho trabajo pendiente, pero...
- ANIC. Mañana mismo iré á la oficina.
- JUSTO No, señor; se lo prohibo á usted terminantemente.
- PAUL. Ya lo ves, el señor, que es tu jefe, te lo prohíbe.
- JUSTO Nada, nada, amigo Rodríguez, lo primero es la salud. Si necesita usted algo, ya sabe usted que yo le quiero muy de veras.
- ANIC. Por lo mismo, no me gusta faltar.
- JUSTO Vamos, hombre, no diga usted tonterías.

Hasta que no esté completamente bueno no parezca usted por la oficina.

ANIC. Si es que yo...

JUSTO Hará usted que me incomode. ¡Pues no faltaba más! Un empleado como usted merece que se le guarden todo género de consideraciones. Conque, adiós, amigo Rodríguez. (Levantándose.) Aliviarse y que no sea cosa de cuidado.

ANIC. Muchas gracias. (Tratando de levantarse.)

JUSTO No, no se mueva usted. (Obligándole á sentarse.)

ANIC. ¡Huy, huy!

JUSTO Señorita, he tenido tanto gusto...

PAUL. Beso á usted la mano.

JUSTO Servidor... (Pero qué buena persona es este Rodríguez.)

ANIC. Adiós, don Justo. Ofrécele la casa, niña... (Vase don Justo.)

ESCENA XV

DON ANICETO, PAULINA, luego GERTRUDIS

ANIC. (Se levanta, coge la almohadilla y la tira.) (¡Pero, señor! ¿Qué va á decir este hombre cuando sepa que le he engañado de esta manera?)

PAUL. ¿Lo ves? Todo nos sale á pedir de boca. Hasta el jefe te ha prohibido terminantemente ir á la oficina.

ANIC. ¡Déjame en paz! (Muy incomodado.)

PAUL. ¡Pero, papá!

ANIC. Vais á hacer que estalle como un cartucho de dinamita.

PAUL. ¡Ay, papá, por Dios! No te pongas así conmigo.

ANIC. ¡Sí, es verdad! Tú no tienes la culpa de lo que me pasa. La culpable es tu madre; mejor dicho, yo; es decir...

GERT. (Entrando.) Ya está resuelto el problema. Mi cuñada Filomena es una infeliz. Me ha dado todo el dinero que tenía en casa. Mil reales

- justos; el resto ha quedado en remitírmelo en una libranza á San Sebastián. Le hice creer que tenías una lesión del hígado y que el médico había dicho que si no tomabas los baños de mar te morías positivamente.
- ANIC. (¡Pero, qué afán de matarme tiene esta mujer!)
- PAUL. ¿A que no sabes quién acaba de salir de aquí?
- GERT. ¿Quién?
- PAUL. El jefe de papá.
- GERT. ¡Eh!
- PAUL. No te alarmes. Se ha marchado convencido de que papá necesita guardar cama unos cuantos días.
- GERT. ¿Sí?
- PAUL. ¡Ya lo creo! Si vieras qué bien hemos representado nuestros papeles.
- GERT. ¿Tú también? (A Aniceto.) Así me gusta. Ojalá hubieras sido un farsante toda tu vida. No nos veríamos ahora como nos vemos. Y digo, ¡si te sentarán admirablemente unos días de descanso! ¡Pobrecito de mi alma! ¡Ea! No hay tiempo que perder.—¡Ramonal! —Es preciso disponerlo todo en seguida. ¡Vamos, hombre!
- ANIC. Voy, mujer, voy.

ESCENA XVI

DICHOS, RAMONA

- RAM. ¿Llamaban ustedes?
- GERT. Ayude usted al señor á traer el mundo grande que está en la alcoba.
- ANIC. Vamos por el mundo. (Dios me dé paciencia.) (Vanse don Aniceto y Ramona puerta segunda izquierda, y vuelven luego con un mundo, que colocarán en el centro de la escena.)
- GERT. (A Paulina.) Los vestidos nuevos dóblalos con cuidado, que irán en la bandeja. Que no se nos vayan á olvidar los sombreros. Vete tra-

yéndome la ropa blanca. (Vase Paulina puerta segunda derecha.) Pero, ¡con qué gusto voy á sorprender en la estación á las de Tejadillo! ¡Que vean que no son ellos solos los que se permiten el lujo de veranear!

ANIC. Aquí está esto. (El baul mundo.)

RAM. ¿Conque por fin se marchan ustedes?

GERT. Sí, pero quince días nada más. Cerraremos la casa y dejaremos las llaves á la portera. Usted nos esperará en casa de sus tíos. (Guardando la ropa en el baul.)

RAM. (¡Sí, como no los espere!) (Campanilla.)

GERT. Lllaman. Si es el señorito Ricardo, que pase adelante. (Vase Ramona.) Anda, hombre, dame toda esa ropa. (La que había sacado de la cómoda.) ¡Jesús! ¡No tienes genio para nada!

ANIC. (¡Pues si yo le tuviera!) (Coge toda la ropa.)

PAUL. (Con mucha ropa blanca.) Toma esto, mamá.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, RICARDO

RIC. Señores...

GERT. Adelante, Ricardito.

RIC. ¡Qué es eso! ¿Están ustedes de mudanza?

GERT. No, señor; estamos de viaje.

RIC. ¿Eh?

GERT. Esta misma tarde salimos para San Sebastián.

RIC. (¡Caracoles!)

PAUL. Has conseguido lo que querías. Por mí ya no te quedas sin los baños de mar.

RIC. Pero... ¿es de veras... que se marchan ustedes?...

GERT. Y tan de veras. Lo hemos decidido hace un momento. ¡Yo soy así! Cuando se me pone una cosa en la cabeza... Desengáñese usted. Este calor es insoportable.

RIC. ¡Sí... sí... que lo es!

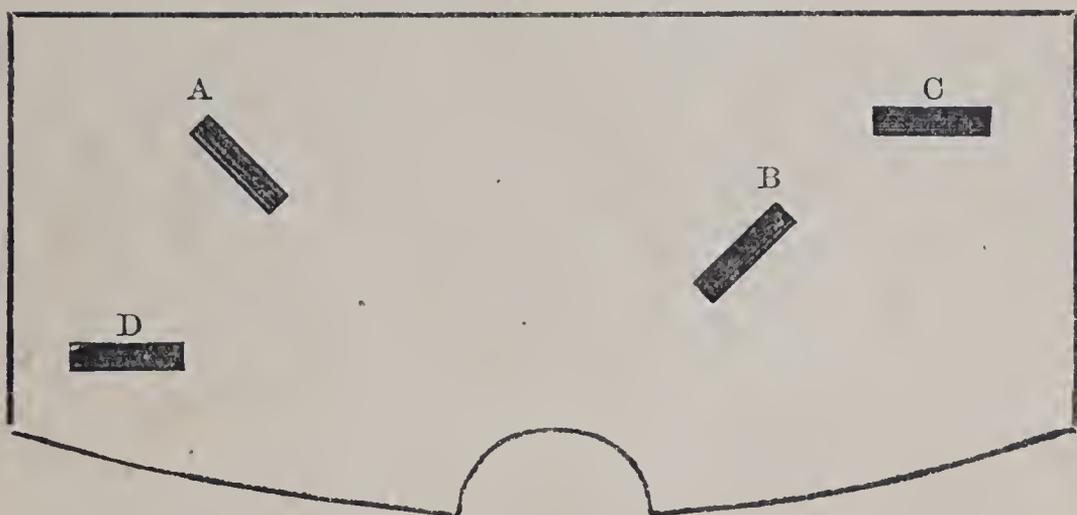
PAUL. Anda, y no te descuides. El exprés sale á las seis y media. Arregla tu equipaje y ven

- luego por aquí. Bajaremos juntos á la estación.
- RIC. Vaya, pues hasta después...
- ANIC. Adiós, pollo.
- GERT. Hasta luego, Ricardito.
- PAUL. ¡Ya verás cómo nos vamos á divertir!
- RIC. ¡Sí, mucho! (¡Pero, Dios mío! ¿De dónde voy á sacar yo el dinero?) (Vase.)
- PAUL. ¡Ay! ¡Déjame que te abrace, papá de mi alma! ¡Si supieras lo contenta que estoy!
- RIC. ¡Qué gusto! ¡Mañana en San Sebastián!
- ANIC. ¡Sí, hija, sí! ¡Mañana en San Sebastián, y pasado mañana en San Bernardino!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO



Playa de San Sebastián.—Telón de marina á todo foro.—Tres casetas de baño con los números 13 (A), 21 (B) y 17 (C). En segundo término derecha, la caseta de descanso (D).—El baño se supone á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

UN BAÑISTA y el BAÑERO

BAÑISTA (Saliendo de la caseta número 21 como acabando de bañarse.) ¡Bañero!

BAÑERO (Con una escoba y un cubo.) Mande usted, señorito.

BAÑISTA Toma. (Pagándole.)

BAÑERO Muchas gracias.

BAÑISTA Hasta mañana. (Vase primer término derecha.)

BAÑERO Páselo usted bien y que le haga buen provecho.

ESCENA II

BAÑERO, JULIO y ANGEL por último término derecha

- ANG. ¿Si se habrán bañado ya las de Molinete?
JULIO Creo que no. Este lo sabrá. (Por el Bañero.)
¡Chis! ¡Bañero!
- BAÑERO Mándeme usted, señorito.
JULIO ¿Sabe usted si se han bañado ya las de Molinete?
- BAÑERO ¡Las de Molinete!
JULIO Sí, hombre. Dos señoritas muy guapas que se bañan estos días cuando nosotros.
- BAÑERO ¡Ah! ¡Sí! Dos jovencitas hermanas y que tienen un padre...
- JULIO ¿Pues cuántos quiere usted que tengan?
BAÑERO Digo que tienen un padre muy feo y que nunca da propina.
- JULIO ¡Justo! ¡Esas!
BAÑERO Pues no han venido todavía.
JULIO ¿Lo ves? Las esperaremos. Muchas gracias. Tome usted. (Buscando en los bolsillos.) Oye, primo, si tienes un pitillo, dáselo.
- ANG. ¡Ahí va! Es de los emboquillados. (Dándole un pitillo.)
- BAÑERO Muchas gracias. (Vase.)
JULIO Vaya usted con Dios. Déjame los gemelos. Hay allí una chica preciosa.
- ANG. ¡A ver! ¡A ver! (Mira con los gemelos primer término izquierda.)

ESCENA III

DICHOS y RICARDO, último término derecha con la sábana y traje de baño liados en un porta-mantas

- RIC. Pues, señor, si esto no le costara á uno tanto dinero, sería delicioso. ¡Calla! Aquellos son Julio y Angel. ¡Eh! Caballeros.

- JULIO ¡Ricardo!
- ANG. ¡Chiquillo! (Se abrazan.)
- JULIO ¿Tú por aquí?
- RIC. Hace cuatro días.
- JULIO ¿Pero, hombre, y sin vernos?
- RIC. No tiene nada de particular. Como hay tanta gente...
- ANG. ¿Has venido solo?
- RIC. ¡No! ¡He venido con ella!
- JULIO ¿Con ella?
- ANG. ¡Ay, qué granuja! Angún arreglillo, ¿eh?
- RIC. ¡No, señor! ¡Con mi novia! ¡Una señorita!
- ¡Es un amor por lo fino!
- JULIO ¿Sí?
- RIC. ¡Ya lo crec! Luego la veréis. ¡Es encantadora!
- JULIO No sabíamos nada. Como hace tanto tiempo que no nos vemos en Madrid.—El otro día le dije á mi primo: pero, hombre, ¿qué será de Ricardo! ¿Dónde se meterá?
- RIC. Pues me he metido á hacer el amor.
- JULIO Y por supuesto, ¿con buen fin, eh?
- RIC. ¡Naturalmente! Es decir, el fin no sé todavía cómo será porque estoy muy escamado.
- ANG. ¿Ques qué pasa?
- RIC. ¡Una friolera! Que la muchacha es una gran proporción. Los papás son muy ricos y no tienen más que esa hija.
- JULIO Pues mejor para tí.
- RIC. Ya lo creo que sería mejor; pero el caso es que cuando empezó á gustarme esa chica, yo creí que su padre no era más que un empleadillo del Gobierno, pero al pedirle relaciones...
- JULIO ¿Al padre?
- RIC. No, hombre, á ella; me enteré de que era gente que estaba en muy buena posición, y entonces, por el temor de que me rechazaran, le dije que yo también era rico.
- JULIO ¡Bien hecho!
- RIC. Que cobraba todos los años una pensión de veinte mil reales que me señaló un tío mío.
- ANG. ¡Ay qué tío!
- RIC. Y que había concluído mi carrera de abogado.
- ANG. ¿De veras la has concluído?

- RIC. ¡Quiá, hombre! Si en Junio me reventaron en las cuatro asignaturas.
- JULIO ¡Es claro! Nos pasamos la vida jugando al billar.
- RIC. Lo que es como me hubieran examinado de carambolas... A cualquiera de los del tribunal le doy veinte para treinta.
- JULIO ¡Vaya con Ricardo! ¿Pues sabes que es un compromiso?
- RIC. ¡Figúrate! Pero ya estoy resuelto.
- JULIO ¿A decir la verdad?
- RIC. ¡Un demonio! ¡A casarme y á vivir sobre el país, es decir, sobre mi suegro! Bastantes sacrificios estoy haciendo por esa familia. Para salir de Madrid, he tenido que empeñar toda la ropa de invierno, y probablemente para volver tendré que dejar aquí la de verano. ¡Ya no me quedan más que siete duros!
- ANG. ¡Pues á probar fortuna!
- RIC. ¡Eh!
- ANG. ¡A la ruleta con ellos!
- RIC. ¡Cómo! ¿Permiten jugar aquí?
- JULIO ¡No! No lo permiten, pero lo consienten.
- ANG. Anoche me acerté yo un pleno de cinco duros.
- RIC. ¿Es de veras?
- ANG. ¡Mira! ¡Mira! ¡Aquí están los billetes! (Sacándolos de una cartera.) Uno, dos, tres, cuatro...
- RIC. ¡Chico! ¡Qué suerte! Déjame ver uno. (Coge uno.) ¡Ay! ¡Qué hermosura de billete! «Don Garcilaso de la Vega.» ¡Qué fisonomía tan simpática tiene este buen señor!
- ANG. Dame, dame.
- RIC. Oye, Angelito, préstame á Garcilaso por unos días.
- ANG. Lo siento mucho, pero tenemos nuestros compromisos.
- RIC. Anda, hombre, después que me has dejado verlo.
- ANG. ¡No puede ser! (Se lo quita.)
- RIC. Pero, por Dios, entre amigos...
- ANG. Entre amigos con verlo basta. (Guarda la cartera.)

ESCENA IV

DICHOS, DON SECUNDINO, primer término derecha

- SEC. Señores, muy buenos días.
- JULIO ¡Oh! Don Secundino, ¿qué tal desde ayer?
- SEC. Perfectamente.
- ANG. ¿Cómo va, don Secundino?
- SEC. ¡Hombre, supriman ustedes el *don!* Llámenneme Secundino á secas. Entre compañeros...
(A Ricardo.) Beso á usted la mano.
- JULIO (Haciendo la presentación.) Don Secundino... á secas.
- SEC. García, García.
- RIC. Tengo mucho gusto...
- JULIO Don Ricardo del Pez.
- SEC. ¡Hombre! ¡Pez, Pez! Yo he conocido algunos Peces.
- RIC. Lo creo.
- SEC. ¿Desciende usted, acaso, de los Peces de Santander?
- RIC. No, señor. Mi familia es toda de tierra adentro. Somos *Peces de río*.
- SEC. Pues celebro tanto...
- JULIO El señor es uno de nuestros primeros Tenorios.
- SEC. No lo crea usted; se hace lo que se puede nada más.
- JULIO ¡Vamos! De sobra sabemos que usted es el terror de los maridos.
- RIC. Sí, ¿eh?
- SEC. ¡Pche! Algo... algo hay de eso.
- RIC. ¿Se conocen ustedes desde Madrid?
- SEC. ¡No! Nos hemos conocido aquí. Hace seis días solamente: pero ya somos muy amigos. Es la ventaja de estos baños. A la segunda vez que se ve á una persona, se la trata con entera confianza. Sobre todo yo, que tengo un carácter tan... vamos, tan comunicativo. Especialmente en el bello sexo.
- JULIO Hombre, es natural. El sexo bello es una delicia.

- JULIO ¿Qué tal? ¿Hay alguna conquista nueva?
SEC. No sé si debo...
RIC. Cuente usted, cuente usted.
ANG. Sí, hombre, entre compañeros...
SEC. Pues, sí señor. Tengo en planta una conquista de primer orden. ¡Una mujer deliciosa!
- JULIO ¿Casada, eh?
SEC. ¡Naturalmente! Deben ustedes conocerla.
ANG. A ver, á ver...
SEC. Es una chica muy guapa que ayer habrán visto ustedes por aquí del brazo de su esposo, un señor de cierta edad que tiene facha de militarote.
- JULIO ¡Ah, sí! ¿Uno de bigotazos?
SEC. Justo.
- JULIO ¿Grueso y mal encarado?
SEC. El mismo. Se llama don Indalecio Becerril. Miren ustedes que el apellido.. ¡Becerril! Hay hombres que nacen predestinados.
- JULIO Y qué, ¿están ustedes de acuerdo?
SEC. Lo estaremos muy pronto. He dado el primer paso. Viven en la misma fonda que yo, en el segundo piso. Comen aparte porque el marido debe ser más celoso que un turco. No la deja á sol ni á sombra; pero yo le mandé esta mañana una cartita por un camarero de mi confianza. La cita para la hora del baño. Becerril se meterá en una caseta y ella en otra. Es el único momento en que la pobre se ve libre de su tirano. Así se lo digo en la carta, que es tan lacónica como expresiva. A ver si la recuerdo...
- LOS TRES A ver, á ver..
SEC. «Niña mía.» Yo llamo siempre niñas á todas las mujeres. A las que son jóvenes no les choca, y las jamonas lo agradecen. «Niña mía: yo la amo á usted.»
- JULIO ¡Bravo!
SEC. «Su esposo es un tirano.»
ANG. ¡Bien!
SEC. «Ya que no podemos hablarnos, confiemos al papel los secretos de nuestros corazones.»
RIC. ¡Magnífico!

- SEC. «Cuando usted esté sola en su caseta, tres golpecitos en la puerta será la señal de que aguarda impaciente la anhelada contestación su apasionado adorador.—S.»
- JULIO ¿Cómo *ese*?
- SEC. ¡Mi inicial! El misterio es lo más importante en estos casos.
- JULIO ¡Ay, qué pillo!
- SEC. Soy un pillo de playa, ¿no es cierto?
- JULIO ¡Cuando yo te decía que era el terror de los maridos! (A Ricardo.)
- RIC. Pero, diga usted: ¿con esa manera de perseguir casadas, habrá usted tenido muchos lances?
- SEC. ¡Ah, ya lo creo! ¡Algunos! ¡Que lo diga si no esta honrosa cicatriz! (En la frente.)
- RIC. Algún sablazo, ¿verdad?
- SEC. ¡No! ¡No ha sido sablazo! Esto ha sido un puntapié.
- RIC. ¡Un puntapié en la frente!
- SEC. ¡Sí, señor! El marido ultrajado me sorprendió debajo de un sofá, y allí... (Indicando la acción de dar el puntapié.)
- RIC. ¡Ah! ¡Vamos!
- SEC. Conque, señores... Hasta luego...
- RIC. ¿Va usted á bañarse?
- SEC. ¡Quiá! Yo no me baño.
- JULIO (¡Claro! ¡Se destiñiría!) (Aparte á Ricardo.)
- SEC. Voy á dar una vuelta por la playa. (Enseñando unos grandes gemelos de campaña que lleva colgados.)
- JULIO Hasta luego, don Secundino.
- SEC. Nada de *don*, hombre, nada de *don*.
- ANG. Adiós, Secundino.
- SEC. ¡Eso, eso!
- RIC. Hasta la vista, compañero.
- SEC. ¡Adiós, pollos, adiós! (Vase por la izquierda)

ESCENA V

DICHOS, menos DON SECUNDINO

JULIO ¡Pobre señor! ¡Qué pretensiones las suyas!
RIC. ¡Me parece que las conquistas que ese haga!
JULIO Si es más feo que pício.
ANG. Y con más años que el *Tostado*.
JULIO Que Matusalén, Angelito.
ANG. Bueno, hombre, es igual.
RIC. ¡Ah! Por allí vienen ella y los papás. (Mirando hacia el último término derecha.)
JULIO ¡A ver, á ver!—Chico, sabes que tienes una novia muy bonita!
RIC. ¡Ya lo creo!
JULIO Y esa señora, ¿es la mamá?
RIC. ¡Mi futura suegra!
JULIO Pues, chico, es una suegra que vale cualquier cosa. ¡Qué joven y qué guapa!
RIC. Os presentaré á toda la familia. Haced el favor de no desacreditarme, ¿eh?
JULIO Descuida. Ya verás qué bombo te damos. (Se retiran hacia la izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS, DON ANICETO, GERTRUDIS, PAULINA

GERT. Pensar que á estas horas se estarán achicharrando en Madrid, y nosotros aquí con este fresco tan delicioso. Desengáñate, Aniceto. No hay vida como esta. (Viendo á Ricardo.)
Hola, Ricardito.
RIC. Señores...
GERT. Muy buenos días.
RIC. Estaba aquí con estos amigos.
JULIO }
ANG. } Señoras... Caballeros...
RIC. Don Julio Espinilla y su primo don Angel Espinilla también. Mis compañeros de estudios.

- GERT. Muy señores míos.
ANIC. Servidor.
RIC. Don Aniceto Rodríguez, la señora de Rodríguez y la hija de los señores de Rodríguez.
(Va pasando hasta quedar al lado de Paulina.)
PAUL. ¡Sí! ¡Contenta me tienes! (Aparte á Ricardo.)
RIC. (¿Por qué?)
PAUL. (Porque no nos hemos visto en toda la mañana.)
RIC. (He venido á la Concha creyendo que ya estarías aquí.)
PAUL. (Eso no es verdad.) (Siguen hablando aparte.)
GERT. ¡Conque se conocen ustedes de la Universidad!
JULIO Sí, señora; hace ya algunos años. Por cierto que Ricardo ha sido siempre el primero en la clase.
GERT. (Ya lo oyes.) (A Aniceto.)
JULIO Qué inteligencia la suya, ¿verdad?
ANG. ¡Ah! Notable.
JULIO ¡Y qué constancia en el estudio!
ANG. ¡Y qué soltura de taco!
GERT. ¡De taco!
JULIO (Cállate.) (A Angel.) En fin, señora, ese chico hará carrera, no lo dude usted.
ANG. ¡Vaya si la hará!
GERT. Y ustedes, ¿son jurisconsultos?
ANG. No, señora, nosotros somos primos.
JULIO Vaya, vámonos. (Saludan á Gertrudis y á don Aniceto.)
PAUL. ¿De veras? (Aparte á Ricardo.)
RIC. Te lo juro, mujer. Mira, vamos á sentarnos allí.) (Se sientan en el banco de la caseta de descanso.)
JULIO He tenido tanto gusto...
GERT. Beso á usted la mano.
ANIC. Vayan ustedes con Dios.
JULIO Adiós, ¡Ricardo!... Señorita...
RIC. Adiós, Espinillas. (Vanse Angel y Julio último término izquierda.)
GERT. Son muy guapos esos chicos, ¿verdad? (A Aniceto.)
ANIC. ¡Sí, y muy listos! Sobre todo el de las patillitas. (Por Angel.) ¿Qué ha de ser abogado ese

muñeco? Digo, á menos que lo canonicen y sea abogado de la tontería.

GERT. ¡Jesús, hijol! No encuentras nada á tu gusto desde que salimos de Madrid. No he visto un hombre más impertinente. ¿Tenemos allí la belleza de este mar?

ANIC. No, señor; ni falta que nos hace. Nos basta con el estanque del Retiro.

GERT. ¿Tenemos allí la alegría de esta playa?

ANIC. No, señor.

GERT. ¿Tenemos allí?...

ANIC. No sigas. ¿Tenemos aquí dinero?

GERT. Eso tampoco lo tenemos allí.

ANIC. Bien, pero aquí nos hace muchísima falta. Y después de todo, ¿qué hemos adelantado con este dichoso viaje? ¡Nada absolutamente! Tu único deseo fué el de sorprender á los señores de Tejadillo, demostrándoles que nosotros no éramos como los de Cascajares; y los señores de Tejadillo, ni los encontramos en la estación de Madrid ni parecen por San Sebastián.

GERT. Ya comprenderás que yo no tengo la culpa.

ANIC. Conforme; pero sólo nos falta ahora que mi Jefe se entere de esta excursión y que don Ricardito no se case con la niña para que nuestro viaje sea redondo.

GERT. Mira, Aniceto, no te mortifiques en hacerme reflexiones, porque no tengo gana de música. Aquí, aunque te diesen la gloria, sé que no habías de quererla.

ANIC. ¡Vaya! Pues voy á serte franco. ¿Quieres que te diga qué es lo único que me ha gustado desde que estamos en San Sebastián?

GERT. ¿Qué?

ANIC. Las comidas de la fonda.

GERT. Déjame en paz. (Vase á la caseta de descanso.)

ANIC. (¡Nada! No hay medio de convencerla. ¡Hablan de Cicerón y de los sabios de Grecia! A cualquiera de ellos quisiera yo verle casado con mi mujer.) (Va á la caseta de descanso.)

ESCENA VII

DICHOS y DON RUFO, INÉS y LUISA por la derecha último término.

En seguida ANGEL y JULIO por la izquierda

- INÉS Anda, papá. A ver si encontramos las mismas casetas de estos días.
- LUISA Hoy debe estar el baño delicioso.
- ANG. (¡Ah! ¡Las de Molinete!) (Angel y Julio se acercan á saludarlas.)
- JULIO Gracias á Dios que se las ve á ustedes.
- INÉS Hola, Julio.
- LUISA Adiós, Angelito.
- JULIO Don Rufo...
- RUF. Buenos días, pollos.
- JULIO ¿Qué ha sido de ustedes anoche? Estuvimos esperándolas en la Zurriola.
- INÉS Papá se empeñó en llevarnos por la tarde á Hernani.
- ANG. ¿Qué? ¿Ha habido ayer ópera por la tarde?
- RUF. ¡No, hombre! El Hernani de que habla la niña no es la ópera, sino la famosa población.
- ANG. ¡Ah! ¡Ya! ¿Y qué tal? ¿Se han divertido ustedes?
- INÉS Muchísimo; pero volvimos cansadas y nos acostamos tempranito.
- RUF. Es una excursión encantadora. Hemos visitado la tumba del célebre soldado de Carlos Primero.
- ANG. De Carlos Séptimo, querrá usted decir.
- RUF. No, señor; de Carlos Primero, el héroe de la batalla de Pavía.
- ANG. ¡Ah, sí! Del general Pavía. Le conozco mucho; es visita de casa.
- RUF. (¡Pero qué bruto es este niño!)
- JULIO ¡Caramba! Y qué floridas vienen ustedes.
- INÉS ¿Quiere usted un poquito de heliotropo?
- JULIO Siendo con el significado...
- INÉS ¡Qué malo es usted! (Le da un ramito.)
- JULIO ¡Aquí lo guardaré toda la vida!
- INÉS Qué aroma tiene, ¿verdad?

JULIO ¡Ah! ¡Delicioso! No hay perfume como el del heliotropo.
 LUISA Yo prefiero el de opoponax.
 ANG. Pues á mí el perfume que más me gusta es el de *cieno*.
 LUISA ¡Cómo *cieno*! El de *heno*, querrá usted decir
 ANG. ¡Justo! ¡Sí! ¡Ese!
 RUF. (¡Cuando digo que es muy bruto este niño!)
 INÉS ¿Y se han bañado ustedes ya?
 JULIO No, señor; las estábamos esperando.
 INÉS Pues vamos en seguida.
 LUISA Anda, papá.
 RUF. A vuestras órdenes. Andando, pollos.
 ANG. ¡Ya verán ustedes cómo nado! ¡Soy un pez!
 RUF. ¡Sí! (¡Un atún!) (Vanse último término izquierda Inés, Julio, Luisa, Angel y don Rufo.)

ESCENA VIII

DON ANICETO, GERTRUDIS, PAULINA, RICARDO y luego el BAÑERO. Al final DON SEGUNDO

ANIC. Pero, vamos á ver, ¿nosotros nos bañamos ó qué? (Se levantan.)
 GERT. Espera, hombre. ¿No ves que el muchacho de la fonda no ha traído la ropa todavía?
 PAUL. ¡Si es lo más perezoso ese chico! Lo que siento es que esta es la mejor hora de baño.
 RIC. ¿Quieren ustedes que yo vaya en un momento?
 GERT. No, Ricardito, no se moleste usted.
 RIC. Si no es molestia, señora. En dos saltos estoy de vuelta.
 PAUL. Sí, vete y dile que la traiga en seguida. ¡Lo veis! Ahora están desocupadas estas tres casetas.
 GERT. Las comprometeremos. (A Aniceto.) Llama al bañero y dile que os la reserve.
 ANIC. ¡Bañero!
 GERT. No dejes de darle propina, porque aquí...
 ANIC. Sí, ya sé que aquí hay que dar propina por todo, hasta por respirar. ¡Bañero!

- RIC. Pues hasta después.
- GERT. Adiós, Ricardito, por aquí andaremos. (Vase Ricardo primer término derecha.)
- ANIC. ¡Bañero!
- BAÑERO (Presentándose.) ¿Quién me llama?
- ANIC. Yo.—Haga usted el favor de reservarnos estas tres casetas.
- BAÑERO ¿Pero van ustedes á ocuparlas en seguida?
- ANIC. En seguida, si señor.
- BAÑERO Es que como hay tanto apuro...
- ANIC. Ahí va el precio de las tres. (A Gertrudis.) ¿Pagaré también la de Ricardito?
- GERT. Es natural.
- ANIC. Esto para usted. (Dándole propina.)
- BAÑERO Está muy bien. Muchas gracias. Pueden ustedes ocuparlas cuando gusten. Voy á limpiarlas un poco. (Entra en la caseta número 13.)
- GERT. ¿Lo ves? Si no hay como dar propinas para que le traten á uno con amabilidad. ¡Ea! Vamos á dar una vuelta por ahí.
- ANIC. Vamos donde quieras. (Contando el dinero.) (Pues, señor, ya no nos quedan más que doscientos noventa reales.) (Vase último término izquierda.)
- SEC. (Viendo á Gertrudis y á Paulina.) ¡Carambita! ¡Pero qué mujeres tan hermosas se ven en esta playa! ¡Si hay para volverse loco! (Mirando hacia último término derecha.) ¡Ah! Allí viene mi adorado tormento. Siempre del brazo de ese hombre. ¿Qué habrá dicho de mi carita? Ella ya debe sospechar que soy yo. (Enciende un puro y fuma.)

ESCENA IX

DON SECUNDINO, el BAÑERO, BECERRIL y MARIANA, con la sábana y traje de baño en el porta-mantas

- BEC. ¡Nada! ¡Nada! Que estuviera esto dominado militarmente y fuese yo gobernador de la plaza, ya verías tú como se acababan estos escándalos. ¡Bañero!

- BAÑERO ¡Mándeme usted! (saliendo de la caseta número 13.)
BEC. Una caseta para mi señora.
BAÑERO En este momento están todas ocupadas.
BEC. Pues, hombre, me parece que esa...
BAÑERO Como si lo estuviera. Un caballero acaba de comprometerla.
BEC. Bueno, pues avise usted cuando se desocupe alguna
BAÑERO Está muy bien. (Vase por la izquierda.)
BEC. Sentémonos aquí y esperaremos. (Se sientan Becerril y Mariana en la caseta de descanso.)
SEC. (¡Nada! ¡No mira! ¿Si no habrá recibido mi carta?)
BEC. ¡Esta es otra! (Buscando en los bolsillos, después de sacar un cigarro.)
MAR. ¿Qué te pasa?
BEC. ¡Que me he venido sin fósforos! ¡Ah! ¡Vamos! Ese caballero está fumando. (Se levanta y se acerca á don Secundino, que está fumando vuelto de espalda. Mariana lee un periódico.)
SEC. (Sólo me faltaba que le hubieran dado la carta al marido y que él supiera que era yo... ¡Me mataba ese bárbaro!)
BEC. ¿Caballero?
SEC. ¿Eh? (Volviéndose asustado.)
BEC. ¿Tiene usted la bondad?
SEC. ¡Con muchísimo gusto! (Dándole lumbre.) (Me parece que no sospecha nada. Me haré amigo suyo.)
BEC. Muchas gracias. (Devolviéndole el cigarro.)
SEC. ¿Conque... tomando el fresco, eh?
BEC. Sí, señor.
SEC. ¡Hoy está un hermoso día de baño!
BEC. Sí, señor. Pero lo que pasa aquí es escandaloso. ¡Es la primera vez que vengo á San Sebastián, pero aseguro á usted que será la última! Aquí hay caballeros que se pasan el día en la playa viendo bañarse á las señoras.
SEC. Sí, sí que los hay. (Ocultando precipitadamente los gemelos de campaña.)
BEC. Los hombres honrados que tenemos en mucho nuestra dignidad y nuestro decoro, no podemos transigir con ciertas cosas.

- SEC. ¡Claro que no!
- BEC Y no es sólo en la playa. Hasta en los paseos y en las fondas... ¿Querrá usted creer que esta mañana ha habido un prójimo que sin más ni más se atrevió á dirigir una carta amorosa á mi mujer?
- SEC. (Malo.) Sí, ¿eh?
- BEC ¡Sí, señor! ¡Ya ve usted qué cinismo! ¡A una señora casada! ¡Yo no sé qué se figuran estos trovadores de verano! Porque estas cosas no pasan más que en el verano y en los puertos de mar. Dos años llevo de casado en Palencia, y á nadie se le ha ocurrido jamás una desvergüenza semejante. Por fortuna yo no soy hombre que se deje engañar fácilmente, y la tal cartita ha venido á mis manos.
- SEC. ¡Ya! ¿De manera que la señora?...
- BEC. ¡No sabe nada!
- SEC. Lo siento.
- BEC. ¿Eh?
- SEC. ¡Digo que siento mucho que se hayan atrevido á hacer eso!
- BEC. Aquí debo tenerla. (Sacando la carta del bolsillo.) Verá usted cuánta insolencia y cuánto desatino.
- SEC. (¡Gracias!)
- BEC. Es una declaracion en toda regla. Y si al menos fuera un muchacho el que... Es decir, ni aun así sería disculpable; pero el criado de la fonda me ha confesado que el autor de esta cartita es un vejete ridículo.
- SEC. ¿Sí, eh? (¡Y para esto he dado un duro al camarero!)
- BEC. Oiga usted. (Lee.) «Niña mía;» niña ¿eh? «Yo la amo á usted.» Y vea usted cómo pone *amo*. ¡Sin hache!
- SEC. (¡Qué bárbaro!)
- BEC. ¡Mejor le fuera estudiar ortografía! Más abajo le pide una cita... «Cuando esté usted en su caseta, tres golpecitos en la puerta serán la señal de...» No son malos golpecitos los que yo le voy á dar en la cabeza con este róten. «Su apasionado adorador, S.» ¿Quién será este *ese*?...

- SEC. ¡Ah! ¿De manera que usted no sabe ...
BEC. ¡Quia, hombre! ¡Pues si yo lo supiera!
SEC. (¡Me tranquilizo!)
BEC. Soy teniente de carabineros, conque figúrese usted si yo voy á permitir amores de contrabando. ¡Lo que es como dé con el atrevido, lo trituro, créame usted! ¡Lo trituro!
- SEC. Sí... Sí, creo que lo triturará usted.
MAR. (Desde la caseta de descanso.) ¿Indalecio?
BEC. ¿Qué se te ofrece?
MAR. Por allí creo que debe haber casetas desocupadas. (Indica la izquierda.)
BEC. Pues vamos allá (Dándole el brazo.) Quede usted con Dios. (Vanse Becerril y Mariana último término izquierda.)
SEC. Beso á usted la mano. Y cuidado que ella es guapa. ¡Guapísima! Pero, ¡nada, desisto! Las militares son muy peligrosas. Tendré que dedicarme á las civiles. (Vase último término derecha.)

ESCENA X

PACA y DON CIRIACO, con sus correspondientes avíos de baño por primer término derecha

- PACA ¡Ay, Jesús! ¡Gracias á Dios que me veo en esta playa! Creí que no salíamos nunca de Madrid. Sólo á tí se te ocurre ponerte malo en el momento de emprender el viaje.
CIR. Hija mía, no tiene uno la salud en el bolsillo.
PACA Donde tú no la tienes es en el estómago.
CIR. Naturalmente. De sobra te lo dije. Mira, Paca, no me sirvas tanta lengua que va á hacerme daño; mira que la lengua trufada es muy fuerte; pero, ¡nada! Me hiciste comer lo menos dos libras, y eso no hay estómago que lo aguante. Ya oíste lo que me dijo el médico: «La cantidad que se ha comido usted es capaz de reventar á un caba-

llo.» ¡Yo creí que me moría! Pero, en fin, gracias á Dios, ya estoy aquí tan sano y tan bueno. A mí los viajes me dan la vida. Si quieres; mañana mismo saldremos para Biarritz, ó para Arcachón, ó para... Pero mujer, ¿qué miras con tanta curiosidad?

PACA ¡Que me figuraba ver por allí á los de Rodríguez! (Mirando hacia la izquierda.) ¡Sí! ¡Ellos son! Pero, ¿has visto qué gente tan farsante hay en Madrid! Si Gertrudis supiera por qué casualidad nos hemos enterado de su verdadera situación...

CIR. Yo, francamente, como es una familia con la que hemos hecho amistad así, sin saber cómo, y tantas veces nos ha hablado de sus rentas y de sus fincas, creí que sería cierto.

PACA Pues ya has oído lo que nos dijo anteayer su cuñada. ¡Y de qué manera tan tonta lo hemos descubierto todo! Mira, mira á don Aniceto, ¿qué cara de aburrido tiene el pobre señor!

CIR. ¡Claro, mujer! La lesión del hígado, por la que el médico le ha recetado los baños de mar. ¡Já, já!

PACA ¡Já, já! ¡Pues como esperen más dinero de su cuñada, ya están frescos los infelices! ¡Já, já!

CIR. ¡Y pensar ir al Sardinero! ¡Já, já!

PACA ¡Justo! ¡Y el año pasado, por causa de los negocios, no pudieron salir!

CIR. ¡Y ella estuvo todo el verano con una neuralgia!

LOS DOS ¡Já, já, já!

PACA No, pues yo no me quedo sin soltar alguna puntada á Gertrudis.

CIR. ¿Para qué? Déjalos.

PACA No, señor; para que sepan que no tratan con tontos... ¡Ahí vienen! Ahora verás... (se ocultan detrás de una caseta para presentarse de pronto.)

ESCENA XI

DICHOS, GERTRUDIS, PAULINA y DON ANICETO

- GERT. Ya debe haber llegado Ricardito. ¡Vamos á ver!...
- CIR. ¡Señores!...
- GERT. ¡Los de Tejadillo! (Mucha alegría. Se saludan todos con cariño.) Paquita, ¿qué tal?
- PACA Muy bien. ¿Y usted, Gertrudis... niña... señor Rodríguez?...
- ANIC. ¡Por aquí estamos todos!
- GERT. ¡Cuánto nos alegramos de ver á ustedes! Pero, ¿dónde se han metido hasta ahora? Nosotros estamos aquí desde el jueves. Salimos de Madrid el mismo día que habían ustedes decidido su viaje; como que adelantamos el nuestro por el gusto de que viniéramos todos juntos.
- PACA Hija mía, nos ha sido imposible. Ciriaco se puso algo enfermo y tuvimos que aplazar nuestra salida. Ya sabíamos que estaban ustedes aquí.
- GERT. ¡Sí! ¿Por quién?
- PACA Por las de Villegas, en cuya casa estuvimos anteayer.
- GERT. ¿Cómo? ¿Y ellas sabían? . .
- PACA No, ellas no sabían nada; pero al hablarles de ustedes, una señora que estaba de visita, y á quien yo no conocía, nos dijo que ya habían salido ustedes para San Sebastián.
- GERT. ¿Dice usted que una señora?
- PACA Sí, hija, sí. Su cuñada de usted.
- CIR. (Ya la soltó.)
- GERT. (¿Eh?) ¡Ah, ya! Filomena. Pues me choca que lo supiera, porque hace lo menos dos años que no nos tratamos.
- PACA ¿No? Pues ella parece que la quiere á usted mucho.
- GERT. ¡Sí, es muy buena la pobre! Pero desde la muerte de mi hermano, de su marido, quedamos algo así...

- PACA ¡Por cuestión de intereses!
- GERT. ¡Sí, por eso ha sido!
- PACA ¡Y qué tal, don Aniceto? ¿Cómo va ese hígado?
- ANIC. ¿Qué hígado?
- PACA ¡Hombre! Su cuñada nos dijo que tenía usted no sé qué lesión...
- ANIC. ¿Quién, yo? (¡Ah, ya!)
- GERT. ¿De veras les dijo eso? Habrá sido una broma, porque la tal Filomena es más bromista... ¡Ah! Y á propósito, amigo Tejadillo: ¿qué indisposición ha sido esa que nos ha privado del placer de venir con ustedes?
- PACA Nada, hija. Una indigestión de lengua trufada.
- GERT. ¿Sí, eh?
- CIR. Sí, señora. ¡Como es un alimento tan fuerte!
- GERT. ¡Ah! ¡Ya lo creo! No hay nada más nocivo que las lenguas. Sobre todo algunas. (Con intención.)
- CIR. ¡Las trufadas!
- GERT. ¡Sí! ¡Esas!
- PAUL. Aquí está Ricardo.

ESCENA XII

DICHOS y RICARDO. Primer termino derecha, con un gran lío de ropas de baño

- RIC. Ya estoy de vuelta. (¡Huy! Los de Tejadillo.) Señores...
- PACA ¡Ricardito!
- RIC. Perdonen ustedes que no les dé la mano, porque...
- GERT. Pero, hijo, ¿por qué no lo ha traído el muchacho de la fonda?
- RIC. Estaba muy ocupado, y por no hacerles esperar...
- GERT. ¡Pues á bañarse!
- RIC. Tomen ustedes.
- PAUL. Esto es lo mío. Toma, papá. (Dando á don Aniceto la sábana y el traje de baño.)

- PACA (Aparte á Ricardo, mientras don Aniceto, Gertrudis y Paulina se reparten las ropas de baño.) ¿Conque también se ha permitido usted el lujo de venir á estos baños?
- RIC. Señora, el amor...
- PACA ¡Tunante! ¡Buen negocio va usted á hacer con esa niña!
- RIC. ¡Por la Virgen Santísima! Que no se enteren de que yo...
- PACA ¡Calle usted por Dios! ¡Pues si es una boda muy igual!
- RIC. ¿Verdad que sí?
- PACA Para una proporción como esa, ¡es usted el único partido!
- RIC. Muchas gracias, Paca. (¡Qué simpática es esta señora!)
- PAUL. Ricardo, ¿vienes?
- RIC. Voy. Con permiso de usted.
- PACA Ciriaco, vamos nosotros á ver si encontramos caseta. Señores...
- GERT. Hasta luego, Paquita.
- PACA Adios, Gertrudis. Rodríguez, que le aproveche á usted el baño.
- ANIC. ¡Lo mismo digo!
- CIR. ¡Andando! ¡Ya tengo ganas de zambullirme en el agual!
- GERT. ¡Vayan ustedes con Dios! (Vanse Paca y Ciriaco ultimo término izquierda.) (¡Ay, qué familia! No la puedo tragar.)
- PAUL. Hasta luego, mamá. (Metiéndose en la caseta número 21.)
- GERT. Adiós, niña. Ricardito, esa otra caseta para usted.
- RIC. Con mucho gusto. (Metiéndose en la caseta número 17.)
- GERT. Tu, métete en aquélla. (A Aniceto, indicándole la numero 13.)
- ANIC. Está muy bien. ¡Ah! ¡Don Ricardo! ¡Don Ricardito!
- RIC. (Abriendo la puerta de la caseta.) Mándeme usted.
- ANIC. ¡Esa caseta está ya pagada!
- RIC. Muchas gracias. (Cierra la puerta.)
- GERT. ¡Pero, hombre!
- ANIC. Bueno es que lo sepa. Ya que uno hace un

favor que se lo agradezcan. ¡Vaya! Vamos allá, La misma gana tengo de bañarme que de tirarme al agua. («Número trece.» Hasta esto es de mal agüero.) (Se mete en la caseta.)

ESCENA XIII

GERTRUDIS, DON JUSTO, el BAÑERO y luego PAULINA

- JUSTO (Por primer término derecha.) (Veremos si por aquí tengo más fortuna. ¡Cuidado si es difícil encontrar caseta!) ¡Bañero!
- BAÑERO Señorito.
- JUSTO ¿Me hace usted el favor de decirme si alguna de estas casetas está vacía?
- BAÑERO No, señor. Todas están tomadas.
- JUSTO ¡Corriente! Esperaré á que se desocupe alguna. Tenga usted la bondad de reservármela.
- BAÑERO Está muy bien. (vase.)
- JUSTO Es decir, á menos que esta señora...
- GERT. No, mil gracias. Yo no me baño.
- JUSTO Hace usted bien. Eso es preferible á estar esperando turno. ¡Jamás creí que hubiera tanta concurrencia!
- GERT. Estos baños están siempre animadísimos. Y se comprende. La playa es encantadora y la temperatura no puede ser más agradable.
- JUSTO Tiene usted razón. ¡Qué distinta de la de Madrid!
- GERT. ¡Ah! ¿Es usted también de Madrid?
- JUSTO Sí, señora; he llegado anoche y sólo pienso permanecer aquí tres ó cuatro días.
- GERT. ¿Nada más?
- JUSTO Nada más. Tengo que regresar en seguida á la corte.
- GERT. ¿Y piensa usted tomar únicamente tres ó cuatro baños? ¡Ah! ¡Eso es muy poco! ¿Por Dios, quién viene aquí por menos de un mes? Eso estamos nosotros todos los veranos.

- JUSTO ¿Ustedes?
- GERT. Sí; mi esposo, mi niña y yo.
- JUSTO ¡Ah, ya! Ustedes podrán hacerlo, y bien sabe Dios que les envidio con toda mi alma; pero yo, señora, tengo mis obligaciones. He venido á San Sebastián con una comisión del servicio. Soy empleado del Gobierno.
- GERT. ¿Sí? Mi esposo también ocupa una posición oficial; un alto puesto; es decir, lo ocupa únicamente porque el ministro se empeñó en que lo aceptara. Es un cargo que le dieron contra toda mi voluntad, porque como afortunadamente no necesitamos depender para nada del Gobierno...
- JUSTO Sin embargo, señora, tratándose de un destino de importancia...
- GERT. ¡Pues, no señor! No sabe usted el disgusto que tuve cuando Rodríguez lo aceptó.
- PAUL. (Saliendo de la caseta.) ¡Mamá!
- GERT. Con permiso de usted. (Va hacia Paulina.)
- JUSTO (¡Rodríguez y en puesto elevado! ¿Quién podrá ser?)
- GERT. ¿Qué te pasa?
- PAUL. Que al ir á vestirme me he encontrado sin la blusa. ¡Se la han dejado en la fonda!
- GERT. ¡Pues cómo ha de ser! Te bañarás mañana.
- JUSTO (¿Rodríguez? ¿Rodríguez? ¡Pues no caigo!)
- GERT. Este caballero espera caseta. Se la cedemos. (Se acerca á don Justo, que estará de espaldas.) Ya puede usted bañarse cuando guste.
- JUSTO Señora... ¡Eh! (Reconociendo á Paulina.) ¡Señorita!
- PAUL. ¡Caballero! (Aturdida.)
- JUSTO ¿Cómo? ¿Es usted?...
- GERT. Mi hija.
- JUSTO ¡Su hija!
- PAUL. (¡Ay, mamá!) (Aparte á Gertrudis.)
- GERT. ¿Qué?
- PAUL. (Que éste señor es el jefe de papá.)
- GERT. (¡Dios mío de mi alma!) ¿Pero á quién se le ocurre dejarse olvidada la ropa? ¡Es un descuido imperdonable! (Hablando precipitadamente.)
- JUSTO ¿Pero, diga usted, señora, esta joven es...?

- GERT. Calle usted, por Dios. Todos los días nos sucede lo mismo. ¡No se puede con esos criados! ¡Vámonos a la fonda inmediatamente! ¡Estos olvidos me ponen nerviosa! Beso á usted la mano. (¡Qué vergüenza, Dios mío!) ¡Anda, niña!
- PAUL. ¿Pero y papá? (Aparte á Gertrudis.)
- GERT. ¡Déjame en paz! (¡Buena la hemos hecho!) (Vanse Gertrudis y Paulina corriendo último término derecha.)
- JUSTO Pero, señor, ¿qué familia es esta? ¿Será posible que...? ¡No! Rodríguez es incapaz de haberme engañado. Sin embargo, esa señorita... ¡Quiá! No puede ser. He debido equivocarme.

ESCENA XIV

DON JUSTO, BECERRIL, MARIANA y el BAÑERO

- BEC. ¿Hay ó no hay caseta?
- BAÑERO Sí, señor; aquí tiene usted una. (La número 21.)
- JUSTO Sea lo que quiera, voy á ver si me baño. (se dirige á la caseta que dejó Paulina.)
- BEC. Perdone usted. Esta caseta está tomada.
- JUSTO ¿Cómo es eso?
- BEC. Es para esta señora.
- JUSTO ¡Ah! Usted dispense. Siendo para la señora... (Nada. Que no voy á encontrar dónde meterme. Pero, hombre, ¿qué Rodríguez será ese?) (Vase primer término derecha.)

ESCENA XV

BECERRIL, MARIANA, BAÑERO; luego, DON ANICETO; más tarde RICARDO

- MAR. ¿De veras insistes en no bañarte hoy?
- BEC. Sí. Hoy no me baño. Tengo mis razones.
- MAR. Bueno; pues en seguida estoy. (se mete en la caseta.)

- BAÑERO ¿La señorita necesita bañero?
BEC. No señor. Bañera.
BAÑERO Está bien. Llamaré á una. ¡Antoña! ¡Antoña! (Vase izquierda.)
BEC. Yo no me separo de aquí. Hay que estar con mucho ojo. A ver si se atreve á venir ahora el de la cartita. ¡Lo divido! ¡Vaya si lo divido! (Se oculta detrás de la caseta.)
ANIC. (Saliendo de la caseta en traje de baño, cubierto con la sábana.) (Pues señor, vamos alla. ¡Y que un hombre de mi formalidad se atreva á presentarse en público con este trajecito! ¡Cuidado que está uno hecho un mamarracho! Paulina no ha debido salir todavía...) (Se dirige á la caseta donde está Mariana.)
BEC. ¡Calle! ¡Ese tipo!
ANIC. ¡Por dónde andará mi mujer! ¡No la veo!
BEC. (Mira con recelo á todas partes. ¿Si será...) (Aniceto da unos golpecitos en la puerta de la caseta.)
¿Eh?
ANIC. Niña, aquí estoy ya.
BEC. ¡Caballero! (Sorprendiéndole.)
ANIC. ¿Eh? Servidor de usted.
BEC. ¿Qué hace usted aquí?
ANIC. Pues llamar á mi niña.
BEC. A su niña, ¿eh? ¡Yo le daré á usted las niñerías!
ANIC. ¡Pero, caballero!
BEC. ¡Insolente! ¡Quítese usted de mi vista ó le divido de un garrotazo!
ANIC. ¡Pero, hombre, no sea usted bruto!
BEC. Conque bruto, ¿eh? ¡Ahora verá usted! (Enarbolando el bastón.)
ANIC. ¡Caracoles! ¡Está loco! (Vase corriendo primer término izquierda.)
BEC. ¡No! ¡Si no se me escapará usted! ¡Cuando salga del baño nos veremos las caras! (Amenazándole con el bastón.) ¡Habrás visto cinismo igual! ¡Atreverse delante de mí! ¡En mis barbas! (Se pasea furioso por la escena.)
RIC. (Saliendo de la caseta envuelto en la sábana.) Seme ha figurado oír á don Aniceto. No. Pues no está. ¿Si habrá salido ya Paulina? (Se dirige á la caseta de Mariana.) ¡Paulinita! (Llamando.)

- MAR. (Abriendo la puerta.) ¡Indalecio! ¡Ay! (Da un grito sorprendida al ver á Ricardo.)
- RIC. ¡Ay! Usted dispense... (Mariana cierra la puerta.)
- BEC. ¡Cómo! ¿También éste? ¿Qué busca usted ahí?
- RIC. No... nada... caballero, usted perdone... Creí que...
- BEC. ¡Quítese usted de delante! (Levantando el bastón.)
- RIC. Ya... ya me quito... (Pero, señor, ¿qué será de Paulina?) (Vase primer término izquierda.)
- BEC. ¡El demonio del muñeco! (Llama en la caseta de Mariana.) ¡Mariana! ¡Mariana!
- MAR. (Dentro.) ¿Qué?
- BEC. ¿Estás ya?
- MAR. Sí, ya estoy. (Saliendo en traje de baño, cubierta con una larga capa de hule.) ¿Con quién reñas hace un momento?
- BEC. Con nadie, no reña con nadie.
- MAR. ¡Ah, vamos! Creí que reñas con ese...
- BEC. ¿Cómo ese? ¿Luego tú sabías ya? (Furioso.)
- MAR. Pero, ¡por Dios, Indalecio! No te pongas así. Pregunto si reñas con ese señorito,
- BEC. No, no era con ese. Era con otro. (¡No sé por qué se me figura!)

ESCENA XVI

BECERRIL, MARIANA, BAÑERO, BAÑERA: luego DON ANICETO

- BAÑERO Aquí tienen ustedes á la Antoña. (A la Bañera, en vascuence.) ¿Non egon du sera?
- BAÑERA Ocupataba negon señora bachu bequin.
- BAÑERO Esan di sut emen egoteco. (Incomodado.)
- BAÑERA ¡Eai te sela incomodatu guisona. Es iruqui ó rembeste fuero!
- BAÑERO Isillic saure bastela, mas allecobat eran mangot de su. (Amenazándola.)
- BEC. ¡Hablen ustedes en castellano! ¡Que nos entendamos todos!
- MAR. Pero, hombre..

- BEC. Acompáñela usted. (A la Bañera.)
BAÑERO (¡Guison demoniñua!) (Vase izquierda último término.)
BAÑERA Vamos, señorita. Hoy el agua está muy *templado*. Hasia allí, que está muy concurrido. (Indica primer término izquierda.)
BEC. ¡No, señor! ¡Por ahí no! Vayan ustedes por allí, que no hay nadie. (Ultimo término izquierda.)
BAÑERA Bueno, señor, vamos.
MAR. (¡Jesús, qué hombre! ¡Qué paciencia necesito!)
BEC. ¡Y que el baño sea corto! ¡Ya lo sabes! (Vanse Mariana y la Bañera último término izquierda. Becerril se pasea por la escena.)
ANIC. (Que sale del baño.) (Yo no aguanto más. Estoy ya como un carámbano. (Viendo á Becerril.) ¡Caracoles! ¡Ese hombre ahí todavía!) (Echa á correr primer término izquierda.)
BEC. ¿Si la cita de la carta obedecería á algún plan convenido? ¡Yo ya no me fío de nadie, ni de mi mujer! Pero, ¡lo que es conmigo no se juega! Registraré minuciosamente... (Entra en la caseta de Mariana.)

ESCENA XVII

PACA, DON CIRIACO por la izquierda último término en traje de baño. Ella cubierta con una larga capa de hule, él con una sábana.
Luego BECERRIL. Después DON ANICETO

CIR. ¡Andando! El agua es mi elemento: (Canta.)

«Al ver en la inmensa
llanura del mar.»

PACA Calla, hombre, no llames la atención.
CIR. ¡Chica, á mí estos aires de zarzuela y estos aires marinos me vuelven loco! ¡Ea, ea! Al agua, patos. (Canta.)

«Las aves marinas
con rumbo hacia acá.»

(Vanse Paca y don Ciriaco primer término izquierda.)

- BEC. (Saliendo de la caseta.) No; aquí no hay nada. Pero, sin embargo, no estoy tranquilo. Aquella caseta es la de él. (La caseta número 13.) ¡Si yo pudiera!... ¡Sí, ahora que no mira! ¡Lo que es como encuentre aquí algo sospechoso, lo decomiso! (Entra en la caseta de don Aniceto.)
- CIR. ¡Bañero! (Con la capa de Paca.—Canta.)

«Siguiendo envidioso
su vuelo fugaz...»

¡Bañero! ¿Dónde dejo yo esta capa? (Canta.)

«Suspiros del alma...»

Pero, ¡bañero! (Canta.)

«Mandaba á su hogar.»

- (Vase último termino izquierda.)
- ANIC. No, ahora no está. ¡Gracias á Dios! ¡Canario con el hombre! ¡Si está loco que lo encierren ó que lo traigan á la playa con camisa de fuerza! ¡Achís! (Estornuda.) ¡Claro, ya lo he pillado! ¡Y todo por ese bárbaro! (Al abrir la puerta de la caseta.) ¡Dios mío, él! (Huye por el primer término izquierda.) Pero, señor, ¿me voy á pasar el día en el agua?
- BEC. (Saliendo de la caseta.) Tampoco aquí. ¡Ni un papel, ni una tarjeta, nada! ¡Y esa chica sin salir del baño todavía! (Desde el foro izquierda.) ¡Mariana, Mariana! ¡Vamos, mujer! (Baja y se pasea por la escena.) ¡Dichosos baños de mar! ¡Yo te aseguro que no volverás á tomarlos en tu vida!
- ANIC. (Cubierto con la capa de hule de Paca.) ¡Achís! (Estornuda.)
- BEC. Dios le ayude á usted. (vase último término izquierda.)
- ANIC. ¡No me ha conocido, no me ha conocido! ¡Bendita sea la Paca de doña capa, digo la capa de doña Paca! ¡Gracias á Dios que me veo aquí! (Se mete en la caseta y cierra la puerta.)

ESCENA XVIII

EL BAÑERO, que habrá entrado en escena momentos antes. GERTRUDIS y PAULINA por la derecha primer término. Luego RICARDO. Más tarde DON ANICETO

- GETR. ¡Calla, por Dios! Ahora veremos si se ha marchado. ¡Bañero!
- BAÑERO Señora.
- GERT. ¿Sabe usted si el caballero del número 13 se ha bañado ya?
- BAÑERO Me parece que ha entrado en la caseta ahora mismo.
- GERT. Gracias. (Va á la caseta.) ¡Aniceto, Aniceto!
- ANIC. (Dentro) ¡Qué!
- GERT. Acaba pronto, que estamos esperándote. (Baja.)
- PAUL. Ahora sale Ricardo.
- RIC. (Envuelto en la sábana y tiritando.) Señoras... ¿Ustedes aquí? ¿Cómo no te has bañado?
- PAUL. Porque me has dejado la blusa en la fonda:
- RIC. ¿Sí? ¡Cuánto lo siento; está el agua deliciosa!
- GERT. Algo fría, ¿eh?
- RIC. ¡Muy ca... ca... calientel! ¡Lo mismo que el ca... ca.. caldo! (Dando diente con diente.)
- GERT. Pero, criatura, que está usted tiritando, vístase usted.
- RIC. Hasta luego, ¿eh?
- PAUL. Sí, hasta luego.
- RIC. ¡Qué saludables son estos baños de ola! (se mete en su caseta.)
- GERT. Si tu padre supiera lo del jefe se pondría furioso, y con razón.
- PAUL. Descuida que yo no le diré ni una palabra.
- ANIC. Ya estoy. (saliendo de la caseta á medio vestir.) Vámonos á la fonda en seguida.
- GERT. Pero, ¡Aniceto!
- PAUL. Papá, ¡por Dios!
- ANIC. Dejádme ahora. Ya me vestiré luego. ¡A casa! Aquí estoy expuesto á que me den una paliza.

GERT. }
PAUL. } ¿Eh?
ANIC. ¡Vamos, mujer, vamos!
BEC ¡Mariana, anda, mujer! (Dentro)
ANIC. ¡Cielos, la voz del loco!
GERT. ¿Qué loco?
ANIC. ¡A escape! ¡A casa! (Se dirigen primer término derecha.)

ESCENA ÚLTIMA

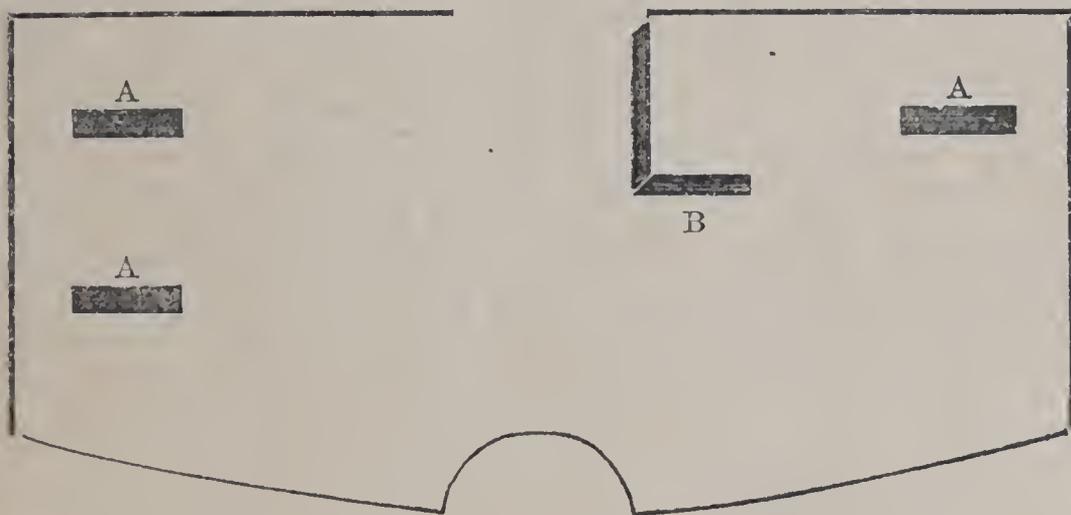
DICHOS, DON JUSTO, por la derecha, primer término. BAÑERO,
DON CIRIACO

JUSTO Veremos si ahora... (Al ver á don Aniceto.) ¡Eh!
ANIC. ¡María Santísima! ¡El jefe!
GERT. ¡Dios mío de mi alma! (Vanse corriendo último término derecha, don Aniceto, Gertrudis y Paulina.)
RIC. (Desde la caseta.) ¡Espérenme ustedes!
CIR. ¡Eh, don Aniceto! ¡La capa, hombre, la capa!
JUSTO ¿Y era éste el empleado de elevada posición? ¡Pobre Rodríguez!
(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO



Habitación de una fonda en San Sebastián. Puerta al foro. Un biombo (B) dispuesto en ángulo recto y que arranea desde la izquierda de la puerta del foro hasta el primer término del mismo lado, donde estará la entrada del dormitorio que limita esta división. Tres camas (A): dos á la derecha y otra detrás del biombo.—Un lavabo con espejo, primer término izquierda.—Dos perchas.—Dos sillas.—Un baul mundo abierto y arrimado á la cara anterior del biombo.—Una mesita de noche entre las dos camas de la derecha.

ESCENA PRIMERA

GERTRUDIS y PAULINA

- PAUL. ¿Pero, de veras insistes en que nos marchemos hoy?
- PERT. (Guardando la ropa en el mundo.) Sí, hija, sí. Después del desdichado encuentro de esta mañana, no podemos permanecer aquí ni un

- día más. ¡Y gracias á que el jefe se me figura que no ha visto á tu papá!
- PAUL. Pues yo creo que sí le ha visto.
- GERT. Yo también lo creo; pero no nos conviene decirlo. Aniceto está que no le llega la camisa al cuerpo. ¡Jesús, qué dichoso viaje! ¿Por qué se nos habrá ocurrido salir de Madrid? —Ve dándome toda esa ropa. (Paulina va descolgando de las perchas algunos vestidos, que colocará sobre la silla de la izquierda, mientras Gertrudis hace el equipaje.)
- PAUL. ¿Pero qué es de papá, que tarda tanto en volver?
- GERT. Ha ido á la estación telegráfica á ver si por casualidad está detenida allí la contestación al parte que puse esta mañana á tu tía Filomena. Como en el correo de hoy no recibamos ese dinero, no sé de qué modo nos las vamos á arreglar—¡Ah! no te olvides de avisar á Ricardito. El pobre no sabe que hemos decidido regresar á Madrid inmediatamente.
- PAUL. Ahora mismo voy á ponerle cuatro letras.— ¿Pero, señor, dónde estará el recado de escribir?
- GERT. Se lo habrán llevado á otra habitación. Por lo visto, en esta fonda no tienen más que un tintero para todos los huéspedes, y somos cuarenta. En la mesa de noche debe de estar el lapicero de papá, y el papel y los sobres en la caja de mi capota. (Las cajas de las capotas estarán sobre la silla de la derecha.) ¡Anda, mujer, anda! Date prisa.
- PAUL. Voy, voy. (¡Jesús qué nerviosa está hoy mamá!) Vamos, aquí está todo. ¿Y qué le digo?
- GERT. ¿Pues qué has de decirle? Que nos marchamos esta misma noche en el exprés.
- PAUL. Está muy bien. ¡Ay, qué fonda esta! No tiene una ni donde escribir una carta! Bueno, aquí mismo. (Escribe sobre la mesa de noche.) «Querido Ricardo: los papás han decidido »que nos marchemos esta misma noche en »el exprés. Supongo que nos acompañarás.

»Date por avisado.» ¿Avisado se pone con b ó con v?

GERT. Con lo que te dé la gana. ¡Qué preguntas tienes!

PAUL. En la duda lo pondré con B. «Abisado.» «Tuya siempre, Paulina.» «Postdata: Perdona las faltas de ortografía, porque te escribo con lápiz.» ¡Ajajá! ¡Ya está! (Tira del cordón de la campanilla. Pone el sobre.) «Para don Ricardo del Pez. Fonda de la Estrella.» ¡Ay, qué lástima! ¡Qué torcido me ha salido este sobre!

GERT. ¡No te importe! Más torcido nos ha salido el viaje.

ESCENA II

DICHAS y el CAMARERO

CAM. ¿Llamaban las señoras?

PAUL. ¡Sí! Que lleven en seguida esta carta á la fonda de la Estrella.

CAM. Está muy bien. (Medio mutis.)

GERT. ¡Ah! Oiga usted.

CAM. Señora...

GERT. Pida usted la cuenta. Esta noche nos marchamos.

CAM. ¡Tan pronto ya!

GERT. ¡Sí, señor; tan pronto!

CAM. Lo siento mucho. (Medio mutis.)

GERT. ¡Ah! Diga usted.

CAM. Señora...

GERT. ¿Ha venido ya el correo?

CAM. Según. ¿De dónde esperan ustedes carta?

GERT. Hombre, ¿y á usted qué le importa?

CAM. Perdone usted, señora. Pregunto si la esperan de Francia, porque ese correo no se reparte hasta por la noche.

GERT. No, no es de Francia; es de Madrid de donde yo la espero.

CAM. Pues la correspondencia de Madrid se ha repartido hace dos horas.

GERT. ¿Sí? ¿Y no había nada para nosotros?

CAM. No, señora; ni una carta siquiera.
GERT. Bueno, pues que lleven esa en seguida.
CAM. Con su permiso. (Vase.)

ESCENA III

GERTRUDIS, PAULINA, luego DON ANICETO. Más tarde el CAMARERO

GERT. Sólo nos faltaba ahora que la tal cuñadita hiciese una de las suyas. ¡Qué compromiso, Dios mío! Sin dinero no podemos marcharnos. ¡Por Dios, hija, quítate de en medio! ¡Ay, qué maldita habitación! ¡No puede una revolverse!

PAUL. (¡Ay, pero cómo está!)

ANIC. ¡Ya estoy de vuelta! (Entra jadeante.)

GERT. ¿Ha habido contestación?

ANIC. Mujer, déjame tomar aliento. He venido á escape. (Va á sentarse en la silla de la izquierda.)

GERT. No, no te sientes ahí, que vas á chafar los vestidos.

ANIC. ¡Ah! Dispensa. (Se dirige á la otra silla, donde estarán las cajas de los sombreros.)

GERT. ¡No! ¡Ahí tampoco!

ANIC. Bueno, mujer, bueno.

GERT. ¿Pero en qué quedamos? ¿Ha habido ó no habido contestación?

ANIC. ¡Sí, señor! ¡La ha habido!

GERT. A ver, á ver. El parte que yo le puse no podía ser más expresivo: «Continúa dolencia; urge dinero; espero impaciente.»

ANIC. ¿Sí, eh? Pues oye la respuesta. (Lee.) «Farsa conocida. Dinero imposible. Espera sentada.»

GERT. ¡Oh, qué villanía! ¡Esa es una contestación que no tiene nombre!

ANIC. ¡Sí que lo tiene! «Filomena.» ¡Aquí está bien claro!

GERT. ¡La única solución que nos quedaba! ¿Y qué vamos á hacer ahora?

ANIC. ¿Qué? ¡Fastidiarnos!

- GERT. ¡Pero hombre! ¡Por la Virgen Santísima! ¿Y lo tomas así, con esa calma?
- PAUL Tiene razón mamá. Me parece que la cosa es para apurarse.
- ANIC. ¡Pues, no señor! Yo estoy curado de espantos. ¿No queríais salir de Madrid? Aquí tenéis ahora las consecuencias. ¿No estábais diciendo siempre que aquella temperatura era insoportable y que aquí estaríamos mucho más frescos? Pues ya estamos frescos.
- GERT. ¡Ay! ¡Bendito San Sebastián!...
- ANIC. ¡No! Si el verdadero San Sebastián, el mártir, lo soy yo. ¡Bueno se habrá puesto el jefe al encontrarse conmigo en la playa!
- GERT. Afortunadamente creo que no te ha visto.
- ANIC. No, ¿eh? ¡Apenas!
- GERT. ¡No, señor! De haberte visto te hubiera llamado
- ANIC. ¡Sí! ¡Pillo! ¡Eso es lo que me habrá llamado! No te quepa duda.
- GERT. ¡Pero, Dios mío! ¿De dónde vamos á sacar el dinero para pagar la fonda y los billetes de vuelta?
- ANIC. Pues, hija mía, no lo sé. Como no quieras que se lo pidamos á los de Tejadillo.
- GERT. ¡No! ¡Eso no! Sería tanto como confesarles la verdad de nuestra situación.
- ANIC. Este es el resultado de tu maldita costumbre de mentir.
- GERT. ¡Aniceto!
- ANIC. ¡De tus ridículas farsas, sí, señor!
- GERT. Creo que no es esta la ocasión más oportuna para ese género de reflexiones, sino para que pensemos en el modo de salir de la apurada situación en que nos encontramos.
- ANIC. Eso, piénsalo tú; mejor dicho, vosotras, ya que vuestra es la culpa de todo lo que nos sucede.
- GERT. Sí, ¿eh? Pues ya que tomas el asunto con tanta indiferencia, es necesario que tengas entendido que el único responsable de lo que nos pasa eres tú.
- ANIC. ¡Yo!
- GERT. ¡Sí, señor, tú! Si hubieras tenido carácter

y no nos hubieses dejado salir de Madrid, no nos veríamos ahora como nos vemos.

ANIC. ¡Pero, mujer!

GERT. Este es el resultado de tus condescendencias y de tus debilidades.

PAUL. ¡Mamá, por Dios!

GERT. Pero, no importa... No hay necesidad de que tú te molestes en lo más mínimo. Yo sabré vencer sola todos los obstáculos. Lo que sí quiero que conste, y por eso lo repito, es que el único responsable de lo que pueda ocurrirnos, eres tú, tú y solo tú.

ANIC. ¡Pero, mujer!

GERT. ¡Sí, señor! ¡Tú!

ESCENA IV

DICHOS y RICARDO

RIC. ¿Se puede?

GERT. (¡Ay, Ricardo!) Pase usted adelante.

RIC. Si acaso molesto...

GERT. No, de ninguna manera.

RIC. Creí que discutían ustedes.

GERT. No, no era discusión. Le estaba contando á Aniceto una reyerta que tuvo esta mañana la vecina del cuarto de al lado con su marido...

RIC. ¡Ah... ya!

ANIC. ¿Y qué contestó él?

GERT. ¿Quién?

ANIC. El marido.

GERT. ¡Pues, nada! ¡Se calló!

ANIC. Es claro. Hay cosas á las que no sabe uno qué contestar.

PAUL. ¿Has recibido mi carta? (A Ricardo.)

RIC. En este momento. Por ese he venido en seguida.

GERT. Perc, siéntese usted, Ricardito.

RIC. Gracias, señora. (Buscando una silla desocupada.) (¿Dónde querrán que me siente?)

GERT. ¡Ah! Es verdad que no hay silla. Pero, niña,

por Dios, recoge esos vestidos. (Paulina coloca los vestidos sobre la cama de la izquierda.) Hijo, perdone usted; pero en estas fondas parece que la tienen á una por compromiso.

RIC. Pues ustedes no pueden quejarse. Esta es una gran habitación. Si vieran ustedes la mía... Duermo en el último piso, con las criadas.

GERT. Pero, hombre...

RIC. No; quiero decir que me han dado la alcoba que en época normal ocupa la cocinera de la casa. ¡Pobrecilla! ¡La compadezco! Es un cuartito muy chiquitito y muy oscuro, con vistas al *jardín*, es decir...

ANIC. ¡Ya!

RIC. No tengo más silla que mi maleta, y me paso las noches haciendo equilibrios, porque á una de las patas de la cama le falta lo menos cuarta y media para llegar al suelo.

GERT. ¡Qué atrocidad! Pues ande usted, que en cambio, ya le cobrarán bien caro el hospedaje.

RIC. (Eso de que me lo cobren, me parece un poquito difícil.)

GERT. Ya sabrá usted, por la carta de Paulina, que esta noche, *probablemente*, saldremos para Madrid.

RIC. Sí, señora, ya lo sé.

GERT. La noticia le habrá cogido á usted de sorpresa.

RIC. (¡Lo que me ha cogido es sin dinero!)

GERT. Rodríguez acaba de recibir un telegrama de su agente de negocios, diciéndole que es urgente su presencia en Madrid, para no sé qué asuntos graves de la Bolsa, y no tenemos más remedio que marchar en seguida.

RIC. Lo comprendo.

ANIC. (¡Vamos! ¡Esta mujer es incorregible!)

PAUL. Anda. Toma asiento. (A Ricardo ofreciéndole la silla.)

RIC. No; la silla para tí, yo me sentaré en cualquiera parte. Aquí, encima del baul. (se sientan: Paulina en la silla y Ricardo sobre el baul, que estará abierto, primer término izquierda. Hablan

aparte. Don Aniceto y Gertrudis se sientan sobre la primera cama de la derecha.)

ANIC. (Aparte á Gertrudis.) Pero mujer, ¿es posible que en estas circunstancias hables todavía de mis negocios bursátiles?

GERT. ¡Naturalmente! Como que preparo el terreno. En cuanto llegemos á Madrid le suelto el toro.

ANIC. ¿Cómo el toro?

GERT. ¡Sí, señor! Haré que formalice sus relaciones con la niña, y á la primera oscilación que tenga la Bolsa, ¡zás!

ANIC. ¿Qué?

GERT. ¡Has quebrado! Veremos á ver si el chico se atreve entonces á retirarme su palabra.

ANIC. Está visto que contigo no se puede. (Siguen hablando.)

PAUL. (Aparte á Ricardo) Sí, señor. ¡Me tienes muy incomodada!

RIC. Pero, ¿por qué? ¡Si yo te quiero más que á mi vida!

PAUL. Hoy te encuentro así... muy preocupado, y eso me prueba que debes...

RIC. ¿Eh?

PAUL. Que debes tener otro amor por ahí y no quieres volver con nosotros.

RIC. ¿Que yo no quiero?...

PAUL. No, señor, no.

RIC. ¡Calla, tonta! Si lo que á mí me preocupa es el no poder pagar... las muchísimas atenciones que os debo.

PAUL. Pues con que me des tu cariño, me considero sobradamente pagada.

RIC. Sí, ¿eh? (¡Ay, si yo pudiera pagar en la misma moneda al dueño de la fonda!..)

ESCENA V

DICHOS, EL CAMARERO

CAM. (Desde la puerta del foro.) ¿Dan ustedes su permiso?

ANIC. ¿Qué es eso?

CAM. La cuenta que antes ha pedido la señora.

- GERT. Venga. (Se la da.)
ANIC. A ver, á ver...
GERT. ¡Qué atrocidad! (Leyendo.) «Por habitación, servicio y comida durante quince días, á ciento veinte reales...»
ANIC. ¿Cómo quince días? ¡Si no hace más que cinco que estamos aquí!
CAM. La señora ha comprometido la habitación por una quincena, á razón de dos duros cada uno.
GERT. Porque creíamos poder estar aquí todo ese tiempo.
CAM. Eso no es cuenta nuestra.
GERT. Pero como hoy tenemos precisión de marchar...
CAM. Eso es cuenta de ustedes.
ANIC. ¡Ya! Pero estos precios...
CAM. Son los de la tarifa.
ANIC. Es que esto ya no es Tarifa. ¡Esto es Ceuta! (Siguen hablando.)
RIC. ¡Anda! ¡Un beso nada más! (Aparte á Paulina, cogiéndole una mano.)
PAUL. ¡No! ¡Por Dios!
GERT. (Al Camarero.) Retírese usted. Ya nos arreglaremos con la señora de la casa. (Vase él Camarero.)
RIC. Ahora que no miran. (Al volverse para besar la mano de Paulina, se rompe la bandeja del mundo y se hunde Ricardo.)
PAUL. ¡Ay!
ANIC. ¡Eh!
GERT. ¿Qué es eso?
ANIC. ¡Don Ricardo!
RIC. No... No es nada. . Es que... (Le ayudan á salir del baul.) (¡Caracoles!)
GERT. ¿Se ha hecho usted daño?
RIC. No... no señora... El susto nada más.
GERT. Esto es que se ha roto la bandeja.
RIC. (Lo que me parece que se ha roto es alguna costilla.) ¡No te rías! (A Paulina.)
PAUL. ¡No puedo remediarlo! Si ha sido una caída tan... tan inesperada. ¡Pero te ha estado bien empleado! ¡Anda! ¡Por atrevido! (Siguen hablando.)

- ANIC. (Leyendo la cuenta.) ¡Mil ochocientos reales! ¡Es decir, mes y medio de paga! ¡Chica, yo no puedo pasar por esto!
- GERT. Ni yo tampoco. Más de cinco días no los pago, aunque lo mande el gobernador de la provincia.
- ANIC. Pero, ¿y con qué vas á pagar, aunque solo sean esos cinco días?
- GERT. No, no es solo eso. También necesitamos dinero para el viaje. Pero .. ¡Ah! ¡Qué ideal
- ANIC. ¿Qué?
- GERT. ¡Ya sé á quién se lo vamos á pedir!
- ANIC. ¿A quién?
- GERT. ¡A Ricardito!
- ANIC. Pero, mujer, ¿tú crees que él?..
- GERT. Yo supongo que no habrá venido solamente con lo preciso. Con mil quinientos reales tenemos bastante. Ya ves que no se trata de ninguna cantidad exagerada. Mil quinientos reales los tiene cualquiera.
- ANIC. Cualquiera, menos nosotros
- GERT. Tú te encargarás de pedirselos.
- ANIC. ¿Quién? ¿Yo?
- GERT. ¡Sí, señor! ¡Tú!
- ANIC. ¿Pues no decías antes?..
- GERT. No me parece decoroso que yo sea la que... Eso es natural en tí... Después de todo, se trata de una persona que es casi de la familia, que será muy pronto nuestro yerno.
- ANIC. Pues por lo mismo. Para asuntos de esta clase, la suegra es la más apropiado.
- GERT. ¡Mira, Aniceto! ¡Tengamos la fiesta en paz! No me vengas con evasivas, porque estoy muy nerviosa.
- ANIC. Bueno, bueno. Está bien. No te sulfures. Yo se lo pediré; pero, ¿cómo le digo que?..
- GERT. Pues muy sencillo. Le dices que has recibido una letra de Madrid contra una de las principales casas de San Sebastián; pero que han cometido la torpeza de ponerla á quince días vista, y te es imposible esperar el vencimiento, en vista del telegrama que exige tu inmediata presencia en la corte.
- ANIC. Vamos. ¡Esto no está mal pensado!

- GERT. (Os dejaremos solos. Saldré con Paulina á dar unas vueltas por ahí.) ¡Niña!
- PAUL. ¡Mamá!
- GERT. Con permiso de Ricardito, vamos á salir un momento á hacer unas compras.
- PAUL. Como gustes, mamá. Voy á ponerme el sombrero. (Entra en el biombo.)
- GERT. ¿Conque esta noche á Madrid? ¿Supongo que usted nos acompañará? (A Ricardo.)
- RIC. Sí, señora, sí.
- GERT. (Poniéndose el sombrero.) Me alegro muchísimo.
- RIC. (No hay remedio. Yo le pido dinero á don Aniceto.)
- PAUL. Cuando gustes, mamá.
- GERT. Pues vamos.
- RIC. Vamos.
- GERT. No. Si volveremos en seguida. Espérenos usted aquí con Aniceto. Ustedes tendrán que hablar...
- RIC. Con mucho gusto. (Ni que me hubiera conocido la intención.)
- PAUL. Hasta luego, papá.
- ANIC. Adiós, niña.
- GERT. (A Aniceto.) (Si ves que puedes sacarle dos mil, no le pidas mil quinientos.) Ricardito, hasta después.
- RIC. Vayan ustedes con Dios. (Vanse Gertrudis y Paulina.)

ESCENA VI

DON ANICETO y RICARDO

- ANIC. (¡Pero de qué comisiones me encarga mi señora!)
- RIC. (¡No sé si me atreveré!)
- ANIC. Siéntese usted, don Ricardo. Mejor dicho, sentémonos. (Quita las cajas de los sombreros y se sienta.)
- RIC. Bueno, nos sentaremos. (se dirige á coger la silla.)

- ANIC. No. ¡En el baul no!
- RIC. Iba por la silla. (Coge la silla en que se había sentado Paulina.)
- ANIC. ¡Ah, ya! (Se sientan los dos. Pausa corta.) Conque, ¿qué tal, cómo vamos?
- RIC. Bien, gracias, ¿y usted?
- ANIC. Bien, gracias. (Pausa.) (¡Pero, señor, si yo no sirvo para estas farsas!)
- RIC. (¿Qué inventaré para que no sospechen?)
- ANIC. ¿Quiere usted un pitillo?
- RIC. Bueno, venga.
- ANIC. Son de á treinta y cinco.
- RIC. Yo fumo siempre de la Madrileña. (Don Aniceto enciende su pitillo.)
- ANIC. ¿Un fosforito?
- RIC. No. Antes usted.
- ANIC. No. Si yo ya he encendido.
- RIC. Gracias. (Enciende su pitillo. Pausa.)
- ANIC. ¿Conque... conque... conque usted siempre de la Madrileña?
- RIC. Sí, señor. La costumbre.
- ANIC. Claro; cuando uno tiene la costumbre de las madrileñas... digo, de la Madrileña... (¡Nada! no voy á encontrar la manera.)
- RIC. (Sí. Esta idea me parece la mejor.) (Pausa.)
- ANIC. Y... ¿qué tal?... ¿Cómo vamos?
- RIC. Bien, gracias. ¿Y usted?
- ANIC. Bien, gracias. (Pausa.) Conque de salud bien. ¿eh?
- RIC. Sí, señor. Muy bien.
- ANIC. (Nada, no hay más remedio.) Y, ¿cómo está usted de fondos? (Yo me tiro á fondo.)
- RIC. ¿De fondos?
- ANIC. Sí. De dinero.
- RIC. Pues... muy bien.
- ANIC. (Me alegro.)
- RIC. Es decir... estoy bien y estoy mal.
- ANIC. ¡Eh!
- RIC. (Sí. Esto es lo mejor.) Esta mañana he recibido una letra de mi apoderado.
- ANIC. (¡Magnífico!)
- RIC. Como deseo marchar con ustedes, he ido á cobrarla hace un momento...
- ANIC. (Nos hemos salvado.)

- RIC. Y me encontré conque la letra viene á ocho días vista.
- ANIC. ¡Eh!
- RIC. Y se niegan á hacerla efectiva antes del vencimiento.
- ANIC. (¡Caracoles!)
- RIC. Por eso deseaba que ustedes me hicieran el favor de adelantarme...
- ANIC. ¡Nosotros!
- RIC. Sí, señor.
- ANIC. Pero, hombre, si á nosotros nos sucede lo mismo que á usted.
- RIC. ¡Eh!
- ANIC. Que necesitamos dinero.
- RIC. ¿Acaso otra letra?
- ANIC. ¡Justo! Una letra á quince días vista.
- RIC. Hombre, ¡qué casualidad!
- ANIC. Sí que lo es. (Estamos aviados.)
- RIC. (¡Qué lástima! ¡Qué buena idea se me había ocurrido.)
- ANIC. (Pero, qué talento tiene mi mujer! Se le ha ido á ocurrir lo mismo que le pasa á este pobre chico.)

ESCENA VII

DICHOS, el CAMARERO y DON SECUNDINO

- SEC. (Dentro.) Déjeles usted, sentiré molestarles.
- ANIC. ¡Eh! ¿Quién será?
- CAM. Señorito.
- ANIC. ¿Qué hay?
- CAM. Un caballero que viene pidiendo habitación y á quien le he dicho que esta quedaría desocupada hoy mismo, desea ver si le conviene; si ustedes lo permiten...
- ANIC. Sí. ¡Que pase, que pase!
- CAM. Muchas gracias... Entre usted... (Desde el foro.)
- ANIC. (¡Ojalá le convenga! ¡Eso menos tendremos que pagar nosotros.)
- SEC. Señores...
- RIC. (El caballero de esta mañana.)

- ANIC. Pase usted adelante.
SEC. Con su permiso...
RIC. Señor de García, ¿cómo vamos?
SEC. ¡Hola, pollo! ¿Usted por aquí?
ANIC. ¡Qué! ¿Se conocen ustedes?
SEC. Sí, señor; muchísimo. Desde esta mañana.
¡Cuánto cerebro!... Puede usted retirarse. (Al camarero.) Los señores son amigos. (Vase el Camarero.)
- ANIC. Tome usted asiento. (Dándole su silla.)
SEC. Gracias. (Se sienta.)
RIC. Don Aniceto, tome usted. (Dándole la suya por detrás de don Secundino.)
- ANIC. (Va á sentarse.) ¡Ah! Pero yo no consiento, don Ricardito. (Le devuelve la silla por delante de don Secundino.)
- SEC. ¡Oh! De ningún modo. (Coloca la silla detrás de don Aniceto.)
- RIC. Tome usted; tome usted. (A don Secundino.) Yo me sentaré aquí, en el baul.
- ANIC. Sí. Pero, ciérrele usted, don Ricardito. (se sientan los tres.)
- SEC. ¿Con que se marchan ustedes esta noche?
ANIC. Sí, señor; es muy probable.
SEC. Y á Madrid, ¿eh?
ANIC. A Madrid, si Dios quiere.
SEC. Pues, lo celebro. Los amigos son para las ocasiones. Van ustedes á hacerme un favor. Usted dirá.
SEC. Necesito mandar un dinero...
ANIC. ¡Ah, sí, señor! Con muchísimo gusto. Todo lo que usted quiera.
SEC. Se trata de poco, de unos tres mil reales.
ANIC. ¿Tres mil reales? ¡Basta!
SEC. ¿Cómo basta?
ANIC. Digo que basta.... que sea usted amigo del señor, para que yo cumpla gustosísimo el encargo.
SEC. Pues aquí tengo la carta para la persona que me los pide; un pariente mío, empleado en la estación del Norte; no tiene usted más que entregársela á cualquier mozo.
ANIC. ¡Venga, venga! (Coge la carta.) Se lo manda usted en billetes, ¿eh?

- SEC. No, si no le mando nada.
- ANIC. ¿Eh?
- SEC. Ahí le digo que los tres mil reales que me pide con tanta urgencia, no podré remitírselos hasta dentro de unos días. (Se levantan los tres.)
- ANIC. ¡Ah, ya! Pues, don Ricardito, haga usted el favor de encargarse de esta carta, porque á mí, con la cuestión del equipaje, podría olvidárseme. (Se la da.)
- RIC. Bueno, como usted guste.
- ANIC. (Está visto que hoy nadie tiene dinero.)
- SEC. Pues, señor, decididamente esta habitación no me conviene, es demasiado grande.
- ANIC. Y muy cara.
- SEC. El precio no me importaría; pero yo deseo estar solo, tener un cuartito. .
- RIC. ¿Un cuartito chiquitito? ¡El mío! Ese de seguro que le conviene á usted. No vale gran cosa; pero es el único vacante. Vamos á verlo.
- SEC. Pero, ¿cómo? ¿Usted no vive aquí?
- RIC. No, señor; yo estoy en otra fonda, en la de «La Estrella». Vamos allá. Tratan admirablemente, ya verá usted.
- SEC. ¡Andando! Ya que es usted tan amable... He tenido tanto gusto... (A don Aniceto.)
- ANIC. Servidor de usted.
- RIC. Hasta luego, don Aniceto. (A don Secundino.) No, señor. Usted delante. (Lo que es como pueda, le pego un sablazo á este caballero.) (Vanse.)

ESCENA VIII

DON ANICETO solo

Pues, señor. ¿Dónde voy á buscar ahora el dinero que necesitamos? En Madrid no me faltarían amigos que me lo adelantasen... Yo podría escribir y esperar á que me los remitiesen... Pero, ¡quía, de ninguna manera! Lo que urge es estar en Madrid inmediatamen-

te, antes de que vuelva don Justo... Gertrudis dice que no me ha visto. ¿Quién sabe? Puede que tenga razón.

PACA (Dentro.) Dígales usted que somos de confianza.

ANIC. (¡Dios mío, los de Tejadillo! ¡No quiero ni verlos!) (Se oculta detrás del biombo.)

ESCENA IX

DICHO, PACA, DON CIRIACO y el CAMARERO

CAM. No sé si habrán salido... ¡Señoritos! ¡Señoritos! No, no están; pero pueden ustedes pasar á esperarles. No tardarán en volver. (Vase el Camarero.)

PACA Sí, les esperaremos.

CIR. Pero, mujer, ¿para qué? Ya los veremos por ahí.

PACA No, señor. Ya has oído al Camarero. Piensan marcharse esta noche.

CIR. Bueno, pues que se marchen.

PACA No será sin que antes me oiga Gertrudis cuatro cosas bien dichas. La indirecta que me soltó esta mañana en la Concha no se la perdono.

ANIC. (¡Eh!) (Asomándose por el biombo.)

PACA Créeme, Ciriaco. Aquello de la lengua se me ha indigestado. (Se sientan.)

CIR. A quien se le ha indigestado la lengua ha sido á mí.

PACA ¡A los dos! Pero yo te aseguro que no ha de quedarles gana de volver á darse importancia delante de nosotros. ¡Yo les bajaré los humos! ¡Vaya con los señores de Rodríguez! ¡Hablándonos siempre de sus rentas y de sus negocios de Bolsa!

CIR. ¡Justo, de los ferros! Poco tono que se daba don Aniceto, diciéndome que iría á la conversión.

PACA A donde va ir el pobre señor es al limbo.

ANIC. (¡Vaya, menos mal!)

- PACA Pues, anda, que con lo de Ricardito no se van á llevar mal petardo.
- ANIC. (¡Eh!)
- CIR. Al pobre muchacho le están engañando como á un chino.
- PACA No te apures, que el niño no se ha quedado corto. Les ha hecho creer que tiene concluída la carrera de abogado, cuando todavía le faltan dos años para licenciarse.
- ANIC. (¡Ah, pillo!)
- CIR. En cambio es un muchacho que está muy bien de intereses.
- PACA ¡Ya lo creo! Muy bien. Cuatro mil reales al año, que es la pensión que le señaló su tío Policarpo.
- ANIC. (¡Cómo cuatro mil!)
- PACA Me parece que con esa renta ya puede el chico echarse á dormir y no pensar en otra cosa.
- CIR. Poco es; pero comparado con la dote que darán á la niña los señores de Rodríguez... ¡Jé, jé!
- PACA Naturalmente. Como que los infelices no tienen ni un céntimo. Apuradillos han de andar para marcharse.
- CIR. Por lo mismo, no creo prudente estarles esperando. Dada su situación es lo más probable que nos pidan dinero. (Levantándose.)
- PACA Pues con que ellos te lo pidan y tú no se lo des, se ha concluído la cuestión.
- ANIC. (¡Oh, alma generosa!)
- CIR. No. No tengas cuidado. Ya conoces mi sistema. A mí me gusta tener muchas relaciones y muchos amigos; pero las amistades y relaciones que han de costarle á uno dinero, ¡zás! Las borro de la lista.

ESCENA X

DICHOS y DON JUSTO

- JUSTO Señores...
- ANIC. (¡Dios mío! ¡El jefe!)
- PACA (¿Quién será este caballero?)

- JUSTO ¿No es esta la habitación de don Aniceto Rodríguez?
- CIR. Sí, señor; esta es.
- JUSTO ;Gracias á Dios! Tres horas hace que ando de fonda en fonda preguntando por él.
- PACA Pues han salido todos, pero no tardarán en volver. Nosotros les estamos esperando.
- JUSTO ¿Son ustedes amigos?
- CIR. Sí, señor, muy amigos.
- ANIC. (¡Muchol)
- JUSTO Pues voy á pedir á ustedes un favor. Yo no podré esperarles, porque tengo muchísimo que hacer. Aconsejen ustedes á Rodríguez que se vuelva á Madrid inmediatamente: su permanencia aquí podría acarrearlos un disgusto.
- PACA ¿Sí, eh? ¿Pues qué pasa?
- JUSTO No, nada grave. Una ligereza suya, que yo como jefe le disculpo.
- PACA Ya. ¿Conque usted es?...
- JUSTO Sí, señora; soy su jefe inmediato; mejor dicho, su amigo, y como tal lamento que su salida de Madrid, sin el competente permiso, llegue á noticias del director.
- PACA ¡Ah! Conque el bueno de Rodríguez...
- JUSTO Comprendo su situación y sospecho los móviles que le habrán impulsado... pero ruego á ustedes que, como personas de su intimidad, le expresen mi deseo, haciéndole ver la inconveniencia de este viaje.
- PACA Descuide usted, que nosotros se lo diremos bien claro. (A Ciriaco.) ¿Pero has visto qué familia? Conque es decir, que no sólo son farfantes, sino que, por satisfacer su exagerada vanidad, se exponen á perder hasta el único recurso que les queda: un destino en el Ministerio. Le aseguro á usted que con esta gente no se puede; Gertrudis, sobre todo, es inaguantable. Mejor dicho, son tal para cual.
- CIR. Rodríguez no hace más que lo que á ella se le antoja.
- PACA ¡Es un dominguillo!
- CIR. El pobre tiene poco de aquí. (En la frente.)

- ANIC. (¿De dónde dirá?)
PACA Yo en su caso de usted, y para darles una lección, ya sé lo que había de hacer.
- CIR. ¡Como que se lo tiene bien merecido!
JUSTO Señores, perdónenme ustedes... Veo que he cometido una indiscreción...
- PACA }
CIR. } ¿Eh?
JUSTO He invocado su apoyo en bien de esta familia, á la que yo creí que ustedes dispensaban su amistad, pero...
- PACA }
JUSTO } ¿Cómo? ¿Duda usted de que los tratemos?
No. Ya veo que los tratan ustedes con bastante dureza.
- ANIC. (¡Bien!)
PACA ¿Pues qué? ¿Le parece á usted regular que una gente que sólo vive de un miserable sueldo...?
- JUSTO Por lo mismo, señora; porque necesitan del sueldo para vivir, es por lo que yo he venido á demostrarles mi verdadera amistad.
- ANIC. (¡Bravo!)
PACA ¡Usted no conoce á Rodríguez!
CIR. ¡No lo conoce usted!
JUSTO Perdonen ustedes; tengo la certeza de que ha salido de Madrid contra toda su voluntad y víctima solo de una excesiva complacencia.
- ANIC. (Presentándose.) ¡Sí, señor! ¡Eso ha sido!
PACA }
CIR. } ¿Eh?
JUSTO ¿El aquí? (Pasa al lado de don Aniceto.)
CIR. (¡Dios mío! ¡Nos estaba oyendo!)(Aparte á Paca.)
ANIC. ¡Ay, don Justo de mi alma! ¡Déjeme usted que le abrace! ¡Usted me conoce, sí, señor! Usted sabe que yo soy incapaz de faltarle... (¡Muchas gracias, muchas gracias!)(Abrazándole.) ¡Oh, señores de Tejadillo... tanto bueno por aquí!
- CIR. Ignorábamos que estuviera usted... El Camarero nos había dicho...
- ANIC. Sí. Pues ahí estaba... durmiendo la siesta. Me despertaron las últimas palabras del señor... (Por don Justo.)

- CIR. ¿Será cierto? (A Paca.)
ANIC. ¡Cuánto me alegro de que hayan venido ustedes en esta ocasión! Cuando uno se encuentra como yo, en una situación aflictiva y desesperada, necesita de alguien á quien confiar sus pesares. ¿Y á quién mejor que á usted, mi respetable jefe, y á ustedes, mis cariñosísimos amigos?...
- JUSTO Pero, hombre... (Aparte á Aniceto.)
ANIC. (Déjeme usted. Necesito desahogarme.) Ustedes me creen rico, ¿no es verdad?
- CIR. Sí...
PACA Sí, señor.
ANIC. Pues bien. Es preciso que ustedes lo sepan. ¡Yo no tengo un cuarto!
- PACA ¿Que no? (¡Sorpréndete, hombre!) (A Ciriaco.)
CIR. ¡Qué me cuenta usted!
ANIC. Yo no soy más que un humildísimo empleado... No tengo otros bienes de fortuna que la modesta paga conque el Gobierno recompensa mis escasos servicios... Si hemos venido á San Sebastian, aparentando una posición que desgraciadamente no tenemos, ha sido sólo por... por... En fin, por lo que el señor (Por don Justo.) decía hace un momento. ¡Pero basta ya de fañas humillantes! Comprendo la necesidad de volver á Madrid, pero me falta... ¿por qué no he de decirlo? me falta dinero.
- CIR. ¿No te lo decía yo? (A Paca.)
ANIC. Y esta es la verdad, mi querido don Justo. Confío en usted únicamente...
- JUSTO ¡Pobre Rodríguez! ¿Qué necesita usted?
ANIC. Mil quinientos reales. Yo prometo reembolsarle mensualmente...
- JUSTO ¡Calle usted, por Dios! Ahí va eso. (Dándole un billete.)
- CIR. (¡Me he librado del sablazo!)
JUSTO Ya me la devolverá usted cuando pueda ó cuando quiera.
- ANIC. ¡No sabe usted lo dichoso que me hace! ¡Dios mío! ¡Dos mil reales! ¡Vean ustedes! Así se portan los verdaderos amigos!
- CIR. Oiga usted, amigo Rodríguez. (Reconviniéndole

cariñosamente.) Me choca mucho que estando en esa situación, y conociéndonos como nos conocemos, no me haya usted pedido ese dinero.

ANIC. Perdone usted, señor de Tejadillo; por lo mismo que le conozco á usted es por lo que no he querido pedirselo.

CIR. Pues me parece que entre amigos...

ANIC. Si, señor. Pero yo sigo mi sistema: á mí me gusta tener muchas relaciones y muchos amigos...

CIR. }
PACA } (¡Eh!)

ANIC. Pero las amistades y relaciones que no han de costarle á uno más que disgustos, ¡zas! las borro de la lista.

CIR. ¡Oiga usted! Eso es decir...

ANIC. ¡Esto es decir que lo sé todo, que lo he oído todo! ¡Que conozco sus hermosos sentimientos, que sé lo mucho que ustedes nos aprecian y... y que si no lo digo, reviento!

CIR. ¡Señor don Aniceto!

JUSTO ¡Rodríguez, por Dios!

ANIC. No. (A don Justo) Déjeme usted. Si ya empiezo á tener carácter.

PACA No le hagas caso... ¡Vámonos de aquí! (A Ciriaco.)

CIR. ¡Oiga usted! Nos veremos las caras.

ANIC. ¡No, señor! Lo que yo quiero es que no nos volvamos á ver en la vida.

PACA Queden ustedes con Dios.

CIR. ¿Pero has visto qué gentuza? (A Paca. Vanse Paca y Ciriaco.)

ANIC. ¡Vayan ustedes enhoramala!

ESCENA XI

DON ANICETO, DON JUSTO y en seguida RICARDO

JUSTO ¡Pero, hombre, no se ponga usted así!

ANIC. ¡Ay, mi señor don Justo! ¡Usted no sabe la saliva que yo vengo tragando hace mucho tiempo! Necesitaba este desahogo, créame usted.

- RIC. (Desde el foro.) ¡Caramba, y qué mal humorados van los de Tejadillo! ¡Ni me han saludado siquiera!) Señores...
- ANIC. (Aquí está este.) Acérquese usted. El novio de la niña. Don Ricardo del Pez...
- RIC. Servidor...
- ANIC. (Un buen pez.) Un joven muy aprovechado.
- RIC. Gracias.
- ANIC. Ya está escribiendo el discurso para recibirse de doctor, y todavía le faltan dos años para hacerse licenciado.
- RIC. ¡Eh! (Asombrado.)
- ANIC. ¡Sí, señor, sí!
- RIC. Advierto á usted que...
- ANIC. A mí no me advierta usted nada. ¡Lo sé todo!
- RIC. (¡Dios mío! ¡Los de Tejadillo!)
- ANIC. ¡Es usted un farsante, un mentiroso!
- RIC. Pero...
- ANIC. ¡Qué! ¿Pretenderá usted todavía hacerme creer que piensa doctorarse?
- RIC. Sí, señor. Pienso doctorarme en cuanto apruebe... los dos cursos que me faltan. No son más que dos cursos... Yo pensaba haber terminado antes, pero el tribunal... Usted no sabe lo que es el tribunal. ¡Aprieta de un modo!
- ANIC. ¡El cuello es lo que yo debía apretarle á usted, por embusterol!
- RIC. Por la Virgen santísima; si es que yo...
- ANIC. ¿Negará usted también que es falso lo de la pensión de su tío?
- RIC. No, perdone usted. Lo de la pensión es cierto.
- ANIC. ¡Cómo! ¿Es cierto que cobra usted veinte mil reales?
- RIC. Sí, señor. Cobro veinte mil reales... cada cinco años. Me la pagan por quinquenios.
- ANIC. Pero, ¿ha oído usted qué descarol? (A don Justo.)
- JUSTO (¡Perdónele usted!) (A don Aniceto.)
- RIC. Yo hubiera deseado desde un principio decir á ustedes la verdad; pero el temor de que me rechazaran... y el tener que renunciar al

amor de Paulina, á la que amo con toda mi alma y desinteresadamente... se lo juro á usted, ha sido la causa de que yo...

ANIC. ¡Ya! De manera que usted me asegura que en esos amores no ha venido buscando el interés.

RIC. ¡Quía! No, señor.

ANIC. Ha hecho usted muy bien, porque no lo hubiera encontrado.

RIC. ¿Eh?

ANIC. Sépalo usted. Nosotros no tenemos nada, absolutamente nada.

RIC. ¿Es de veras? (Muy alegre.)

ANIC. Sí, hijo; sí. Somos pobres, muy pobres; más pobres que usted, que al fin tiene un tío que le pensione.

RIC. De modo que las fincas y los negocios de Bolsa...

ANIC. ¡Mentira, todo mentira!

RIC. ¡Cuánto me alegro! ¡Ay, don Aniceto de mi alma! Déjeme usted que le estreche contra mi corazón. ¿Conque es decir que ya no rechazarán ustedes mis relaciones con Paulina? ¡No sabe usted lo dichoso que me hace! ¡Pero, es claro; si no podía menos desuocer! Si nunca falta un roto para un descosido...

ANIC. ¿Cómo un roto?... (Se oye dentro la voz de Gertrudis.) ¡Ahí está ya mi mujer! ¡Esa, esa es la culpable de todo!

ESCENA FINAL

DICHOS, GERTRUDIS y PAULINA

ANIC. (Yendo hacia el foro.) ¡Venga usted acá, venga usted acá!

GERT. ¿Qué, has conseguido el dinero?

ANIC. Sí, ya lo tenemos; míralo.

GERT. ¿Lo ves? Bien te lo decía yo... Ricardito, muchísimas gracias.

RIC. (¿Por qué me dará las gracias esta señora?)

ANIC. No, si este dinero no es suyo. Me lo ha dado el señor.

- GERT. (¡Dios mío! ¡El jefe!)
- JUSTO Señora...
- GERT. (Aparte á don Justo.) (¡Ay, caballero, yo le suplico á usted!...)
- JUSTO (A Gertrudis.) (Descuide usted, señora. Nos hablamos ahora por primera vez.)
- ANIC. ¡Conque, hijas mías, hasta aquí hemos llegado! Esta misma noche saldremos de San Sebastián. A Madrid, á nuestra casita á vivir con modestia, á trabajar sin descanso y á no soñar nunca en imitar á los que tienen una posición más elevada que la nuestra. ¡Nada, nada! Que tome baños de mar el que los necesite. Nosotros, á Dios gracias, tenemos una salud á prueba de bacalao frito. ¡A Madrid, á Madrid! El Manzanares nos espera. Desengáñate, Gertrudis; estos viajecitos de recreo y estas excursiones de verano se han inventado únicamente para los enfermos, para los ricos y para los tontos.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

¡Basta de matemáticas! juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El pariente de todos, juguete cómico en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)

Desde el balcón, juguete cómico en un acto y en verso, original.

La viuda del zurrador ¹, parodia en un acto y en verso.

El autor del crimen, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

Aprobados y suspensos, pasillo cómico en un acto y en verso, original (Séptima edición.)

Horas de consulta, sainete en un acto y en verso, original.

Noticia fresca ², juguete cómico en un acto y en verso. (Sexta edición.)

Tras del pavo ³, apropósito en dos actos y en prosa, original.

Paclencia y barajar, comedia en un acto y en prosa.

Calvo y compañía, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

Pérez y Quiñones, comedia en un acto y en prosa, original.

Con la música á otra parte, juguete cómico en dos actos, en verso, original. (Cuarta edición.)

Turrón ministerial, apropósito en un acto y en prosa, original.

Llovido del cielo, comedia en dos actos y en verso, original. (Cuarta edición.)

Periquito ¹, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva ¹, comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡Adiós, Madrid! ¹, boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid! ¹, refundida en dos actos.

De tros largos ¹, juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa. (Quinta edición.)

El medallón de topacios ², drama cómico en un acto y en verso, original. (Segunda edición.)

La primera cura ¹, comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura ¹, refundida en dos actos.

- La calandria** ¹, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)
- El hijo de la nieve** ¹, novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.
- Prestón y compañía** ⁴, sainete en un acto y en verso, original.
- Parientes lejanos**, comedia en dos actos y en verso, original.
- Carta canta**, juguete cómico en un acto y en verso. (Segunda edición.)
- Robo en despoblado** ¹, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)
- Las codornices**, juguete cómico en un acto y en prosa, original (Séptima edición.)
- De todo un poco** ⁵, revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.
- Juego de prendas**, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)
- Tlquis-miquis**, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)
- ¿Un año más!** ⁵, revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.
- Pensión de damiselas** ⁵, humorada cómico-lírica en un acto y en prosa, original.
- San Sebastián, mártir**, comedia en tres actos y en prosa, original. (Tercera edición.)
- Parada y fonda**, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Octava edición.)
- Boda y bautizo** ⁵, sainete en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original.
- El viaje á Sulza** ⁵, vaudeville en tres actos y en prosa, arreglado del francés.
- Perceito**, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)
- La almoneda del 3.º** ¹, comedia en dos actos, original y en prosa.
- Coro de señoras** ¹, pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)
- Los tecayos**, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)
- El padrón municipal** ¹, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)
- Los lobos marinos** ¹, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)
- El sombrero de copa**, comedia en tres actos y en prosa, original. (Sexta edición.)
- El señor gobernador** ⁵, comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)
- El sueño dorado**, comedia en un acto y en prosa, original. (Quinta edición.)
- Su excelencia**, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

- El señor cura**, comedia en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)
- El señor cura**, refundida en dos actos. (Segunda edición.)
- El rey que rabió** ¹, zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)
- El oso muerto** ¹ comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)
- Villa-Fula** (segunda parte de *Militares y paisanos*), comedia en cuatro actos, escrita sobre el pensamiento de la obra alemana *Reif von Reiflingen*.
- Zaragüeta** ¹, comedia en dos actos y en prosa, original. (Séptima edición.)
- Chifladuras**, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Tercera edición.)
- La rebotica**, sainete en prosa, original. (Cuarta edición.)
- La praviana**, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)
- Venta de Baños**, sainete en un acto y en prosa, original.
- La Marquesita**, comedia en un acto y en prosa.
- La sala de armas**, pasillo cómico en un acto y en prosa, original.
- El afinador**, juguete cómico en dos actos y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Segunda edición.)
- Ciencias exactas**, sainete en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

OBRAS NO DRAMÁTICAS

- Todo en broma**, versos de Vital Aza, con un prólogo de Jacinto O. Picón, un intermedio de José Estremera, un epílogo de Miguel Ramos Carrión y ¡nada más! (Tercera edición aumentada.)
- Bagatelas**, poesías. Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Colección elzevir. Juan Gili.—Barcelona.—Primera edición.
- Ni fu, ni fá**, versos.—Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Colección elzevir. Juan Gili.—Barcelona.—Primera edición.
- Pamplinas**, versos.—Colección Diamante.—Antonio López.—Librería Española.—Barcelona.—Primera edición.
- Plutarquillo**: Biografías festivas de personajes célebres, con ilustraciones de Marín.—Primera edición.

1 En colaboración con Miguel Ramos Carrión
 2 Idem id. José Estremera.
 3 Idem id. José Campo-Arana.
 4 Idem id. Eusebio Blasco.
 5 Idem id. Miguel Echegaray.

Los ejemplares de esta obra se hallan
de venta únicamente en el Despacho Cen-
tral, Arenal, 20.

Será considerado como fraudulento todo
ejemplar que carezca del sello de la Socie-
dad de Autores Españoles.